

A woman with long, wavy brown hair is smiling and celebrating. She is wearing a blue sequined dress and high-heeled sandals. She is holding a champagne glass in her right hand and a champagne bottle in her left hand. The background is dark with confetti falling around her.

Un amor por
DERECHO

CARLOTA
MANZANO

Un amor por
DERECHO

Primera edición.

Un amor por derecho

Carlota Manzano

© Diciembre, 2020

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



Dicen que el mundo es un pañuelo, y qué verdad es. Y en mi caso, de no ser así, no sé qué sería de mi vida a estas alturas. Supongo que el resultado hubiese sido el mismo, es decir, mi relación con Luis hubiese terminado igualmente, solo que quizás más tarde. O tal vez jamás, pero eso ya no lo sabré nunca. Ni me importa.

Aunque han pasado ya unos cuantos años, recuerdo al detalle la noche en que le conocí. Fue precisamente en mi fiesta de graduación, mejor dicho, en la cena posterior. Después de mucho hincar los codos, había terminado mi carrera de Derecho, además, con un expediente académico brillante, aunque suene arrogante por mi parte. El esfuerzo había merecido la pena y las felicitaciones me llovían.

Mis padres, que gozaban de muy buena posición económica, me habían prometido regalarme un coche al acabarla, el que yo eligiese. Lo tuve claro desde el principio; quería un Toyota Rav 4. Tan claro como que mis estudios no terminarían con mi licenciatura, puesto que no pensaba conformarme con ser abogada.

Esta que está aquí pensaba opositar para el cuerpo de jueces y fiscales, pero antes de meterse en ese fregado se tomaría un merecido respiro. Habían sido cuatro duros años de muchas noches en vela con el flexo encendido alumbrando los libros, aunque he de reconocer que mi carrera no es de las más complicadas. A mi entender, las hay peores, como Medicina, por ejemplo. Asignaturas como la química me han parecido siempre cosa de chinos.

Eso por no hablar del descomunal esfuerzo final que tienen que hacer estos estudiantes para prepararse para el Mir, después de seis largos años acudiendo diariamente a clase. Y ahí sí que lo tienen crudo; o lo aprueban, o no hay tutía.

Me acuerdo de mi prima Reyes, que hoy día es ginecóloga, y de nuestras conversaciones por aquellos años en que ambas estábamos estudiando nuestras respectivas carreras. Ella tiene tres más que yo.

—Esto es para darse un chocazo, Leire —me decía—, pero tengo la sensación de que Guille no lo entiende. —Guillermo era el noviete que tenía por entonces.

—O no lo quiere entender.

—Le digo que sea paciente, que ya solo me quedan unos meses en la academia, pero que ahora no estoy para nadie, que no tengo tiempo ni de rascarme los sobacos. Cuando me examine en junio ya seré otra persona, pero lo que toca ahora... ¡qué desgraciada soy, coño!

—Chica, pues qué quieres que te diga. De desgraciada, nada. Tú estás luchando por tu sueño. ¡Desgraciado él! Pero mira, ¿sabes qué te digo?, que si no te apoya ahora y te deja tirada como un mojón, que le den mucho por ahí. Con eso ya te está demostrando qué tipo

de persona es. Anda y que se vaya a “jaser” puñetas, como dices tú.

Reyes se partía con mis expresiones, aunque, para salada, ella. Siempre hemos estado muy unidas. Ella tampoco quiso perderse mi fiesta de graduación. Por cierto, acudió sola, porque el jartible de su novio, efectivamente, terminó dejándola cuatro meses antes de sus exámenes del Mir.

Después del acto, celebrábamos una cena por todo lo alto en uno de los restaurantes de más prestigio de la ciudad. Para la ocasión, yo había elegido un espectacular vestido entallado de corte flamenco; negro, con flores bordadas y rematado por abajo con un volante más largo por la parte de atrás. Bueno, tengo que decir que en la elección tuvo mucho que ver mi madre, que tiene un gusto exquisito para la ropa.

—Estás preciosa, nena. Como te vea Sebas se le van a derretir los cataplínes —me dijo al verme Marian, una compañera de clase con la que siempre me había llevado a partir un piñón.

Sebas era un profesor nuestro que parecía tener fijación por mí. El baboso, le llamábamos. Era un tipo casado, y bastante entrado en años, que no desaprovechaba ocasión para acercarse a servidora con cualquier mala excusa cada vez que nos cruzábamos por los pasillos.

—Qué asco de él, tía. Es que se le van los ojos detrás de tu culillo.

Tenía razón Marian. Ella tampoco le podía ni ver. No obstante, yo me las tragaba y procuraba no darle nunca ninguna mala contestación ni nada por el estilo a aquel degenerado (como se merecía) por miedo a que me cogiese manía y eso pudiese influir en mis notas. Cosas más raras se han visto, pero yo no quería ningún problema en ese sentido.

Mis padres, como es lógico, estuvieron presentes en el salón de actos de la facultad de Derecho para la entrega de diplomas, pero a la cena no vinieron. Hubieran podido hacerlo porque lo acordado era un par de personas por cada estudiante. De hecho, muchos de ellos cenaron en compañía de sus padres, pero los míos prefirieron quedarse en casa aquella noche.

—No seas boba, cariño —me comentó días antes mi madre—. Ya lo celebraremos cualquier otro día con tu hermano Pablo cenando los cuatro por ahí. Ve con Reyes, que ella lo está deseando. Seguro que lo pasaréis en grande.

Ellos eran así. Y era cierto también que mi prima estaba loca por venir. A esa le ha gustado siempre un sarao más que a un tonto un lápiz. No es que sea una cabecilla loca, tampoco es eso.

—Guauuu, pinta bien la noche, prima—Reyes, viendo el percal, se frotaba las manos mientras una aparcaba el Toyota en los aparcamientos techados frente a los jardines del restaurante, donde nos daban un cóctel de bienvenida.

—Anda, no seas bruja, que te conozco.

—Ni tú tan... en fin, tú ya me entiendes. Por mi madre de mi alma que esta noche te emborracho, a ver si te desmelenas un poco, hija, que no veas...

—¿Emborracharme a mí? Lo llevas tú crudo, sería la primera vez.

Era verdad. Nunca me ha entrado el alcohol. De hecho, no entiendo qué le ve la gente a la cerveza para que le guste tanto. A mí me sabe a rayos con ese sabor tan amargo. Del vino ya ni hablamos, pero ese es otro tema.

A lo que estábamos. Me acuerdo de que íbamos haciendo el paseíllo desde el aparcamiento hasta la entrada de aquel recinto como dos divas; mi prima, toda

emperifollada ella, meneando con mucho arte el abanico (hacía un calor de espanto aquella noche), y yo, haciendo equilibrio sobre mis altísimas sandalias de tacón de aguja. La estrechez del traje tampoco es que me permitiese andar muy bien que digamos. Tenía esta sirenita todas las papeletas para pasarle lo que le pasó.

—Saca dientes, nena. Como la Pantoja—. ¡Y venga esas caderas! Que se note que llegan dos buenas leonas marcando territorio.

—No tienes tú guasa ni ná, hermosa —le contesté.

—Y toda la que tú quieras, pero mira el cacho de bombón ese que está ahí de perfil.

La joía por culo, todavía no habíamos entrado y ya le estaba echando el ojo a un gachó. Conociéndola, no le hice mucho caso porque Reyes era más de boquilla que de cualquier otra cosa. Mucho lirili y poco lerele, que diría mi hermano, pero no pude evitar mirar hacia donde me indicó disimuladamente con un gesto de cabeza.

—Ese, ese, el de la camisa blanca arremangada.

Allí estaba él, señoras y señores. Era un chaval alto y bien formado que se estaba tomando una copa junto a otros dos chicos en una de aquellas mesas de barril de la entrada del restaurante. Aparte del cuerpazo, no sé qué le vería Reyes ya a distancia para referirse a él como “cacho de bombón”.

Lo que sí puedo asegurar es que una no vio aquel inoportuno charco que lo desencadenó todo. Se conoce que, antes de nuestra llegada, debían haber regado los suelos a manguerazos vivos para refrescarlos un poco.

Mirando precisamente en aquella dirección... allá que fui, como la que está patinando sobre una pista de hielo. Pegué tal resbalón que, del culetazo, salió volando hasta el bolso de cartera que llevaba en la mano. Y no fue ya el culetazo, que por poco me rompo la rabadilla, como dice mi madre. Es que encima me puse el traje perdido. Parecía que me había meado. Me moría de la vergüenza.

Con el espectáculo, los chavales, que estarían a unos cinco o seis metros, volvieron la cabeza y aquel “cacho bombón” soltó la copa para venir en mi auxilio.

—Ea, ¿ves? No hay mal que por bien no venga —soltó la muy cachonda de mi prima al ver la jugada. Se partía de la risa. Yo también, pero por no llorar.

—¿Estás bien, chica?

Me había recogido el bolso del suelo mientras yo, muy digna, me estiraba aquel vestido cuya humedad ya me calaba las nalgas. Fue entonces, teniéndole frente a frente delante de mí cuando pude comprobar que aquel era, efectivamente, un pedazo de bombón. Pero no un bombón cualquiera de esos que venden a granel en el Carrefour por Navidades, no, sino un auténtico Ferrero Rocher de los que pasaba en bandeja la Preysler en aquel anuncio.

Con esos ojos verdes como faros y una sonrisa increíble de dientes bien alineados y blancos como la cal, se me representó como un verdadero galán de cine. ¡A la mierda el Tom Cruise, o ese Paul Newman al que tanto admiraba mi madre!

—Sí, tranquilo. Gracias. —Eso fue todo lo que le contesté.

—Deja, que a esta la meto yo ahora mismo en el baño y la saco nueva de allí. —intervino mi prima.

—Perfecto. ¿Habéis venido solas?

—La una con la otra. ¿Te parece poco?

Reyes era de las que no se cortaban ni un pelo, a diferencia de mí. Yo siempre he sido más cortada con los desconocidos.

—Bueno, mujer, lo decía por si os apetece tomar algo con nosotros.

En ese momento me quedé observando a sus dos acompañantes, que contemplaban la escena a distancia. Uno de ellos era Arturo, un compañero con el que no tenía mucha relación, pese a su simpatía y agrado. Simplemente, no era de los más íntimos de mi círculo porque aquel chico no había podido asistir ni a la mitad de las clases. El pobre, para ganarse sus estudios, trabaja rotando en turnos de mañana, tarde y noche. Todo un mérito el suyo.

—Muy bien, en un periquete salimos —le contestó mi prima.

Ni más ni menos ni menos ni más. Reyes había tomado la decisión por ambas. Me agarró de la mano y tiró de mí a la carrera en dirección a los baños de aquel restaurante.

—Vamos, tía, no fastidies. Como pegue otro batacazo te corto el pescuezo.

—Cállate ya la boca, joé. ¿Has visto cómo te ha mirado?

—¿Y tú has visto cómo me he puesto? Buena entrada la mía, guapa, qué palo.

—Bah, olvídate de eso, en dos minutos te dejo nueva.

Tanto como nueva, no, pero mi prima se las arregló para recomponerme un poco el desaguisado. Sacó unas toallitas húmedas del bolso y me las restregó por el trasero para quitarme el fanguillo que llevaba pegado.

—Ven para acá —me pidió a continuación.

Apretó el pulsador del secamanos eléctrico y me hizo meterme debajo con el culo en pompa, de espaldas a la pared. Cualquiera que hubiese entrado por la puerta se hubiera cachondeado de mí a base de bien.

—Mirando para Cuenca, ¿no? —Se tronchaba.

—Sí, como el Wenceslao ese del chiste. Déjate ya de guasa, titi, con el bochorno que hace, lo único que me faltaba ya es este chorro de aire caliente en el culo.

—Ja, ja, ja. Mejor me callo...

—Eso, muérdete la lengua, hermosa, que te conozco.

Al salir de allí, volvió a cogerme de la mano y enfiló directamente hacia la mesa donde estaban aquellos tres. Arturo me sonrió al verme.

—Qué mala pata, ¿no?

—Nunca mejor dicho, pero bueno, ya está —le contesté súper cortada.

—Mira, te presento a mis amigos. Este es mi cuñado Javi y este es Luis, tu angelito de la guarda.

—Encantada —le dije a aquel morenazo, dándole un par de besos.

—Tú sabes, un angelito no es precisamente—añadió Arturo—, pero el cura le puso el nombre de Ángel Luis mientras le tiraba el agua por la cabeza y le ponía chorreando en la pila bautismal. Ahora en serio, es buena gente.

—No como él—saltó el bombón—, que me presenta y no me dice ni cómo te llamas.

Mi prima, que todavía no había entrado en el lote de las presentaciones, contemplaba la escena con una expresión en la cara que yo bien le conocía, como diciendo: guate, aquí hay tomate.

—Me llamo Leire—contesté mirándole a los ojos.

—Ole ahí. Como en la canción.

Le miré extrañada, sin saber a qué se refería.

—Sí, mujer, ¿tú no escuchas a Camarón and *company*?

—No, la verdad es que...

No tuve tiempo de explicarle que el flamenco no era mi estilo. El de mi prima sí, pero el

mío no. Luis juntó las manos y empezó a dar palmas suaves y a cantar.

—*Leire, Leire, Leire, Leire...*

Sin duda, el nuestro fue un comienzo “muy flamenco”, como él mismo se definió luego, sentado a mi lado, hablando de todo un poco durante la cena...

Capítulo 2



Aquel sevillano estaba bueno para aburrir y yo caí rendida a sus encantos más pronto que tarde. Y no, no me emborraché aquella noche, según la intención de mi prima, pero sí que me tomé algún que otro chupito por allí fuera tras la cena. Siguiendo mi costumbre, no pensaba probar ni gota de alcohol, y menos, teniendo en cuenta que debía conducir luego. Pero a Reyes se daba dinero por no escucharla.

—Déjate ya de mariconadas de esas de licor de melocotón sin alcohol—Me arrancó la copilla de la mano—. Toma, prueba esto.

—¿Eso qué es?

—Huele, es Baileys. Esto te va a gustar más, ya lo verás.

Me acerqué el vasito a la nariz y el dulzor que desprendía aquel líquido me convenció. Otra cosa no, pero a golosa no hay quien me gane. Como digo, me tomaría un par de ellos, tres, a lo sumo, punto pelota. Por su parte, Luis se tomó varios gin tonics.

La verdad es que hicimos buena piña los cinco, es decir, ellos tres y nosotras dos, y apenas nos separamos unos de otros en todo el tiempo. En un momento dado, me pareció advertir también ciertas miraditas sospechosas entre Reyes y Arturo, pero no le eché mucha cuenta porque la conocía. En ese sentido, no era tan fácil acertar con ella. Ahora bien, a graciosa, no la gana nadie.

Casi me tiro al suelo de la risa cuando pasó un camarero por allí recogiendo vasos vacíos. El hombre, guapo, lo que se dice guapo, no era precisamente. Pero lo peor es que tenía una nariz encorvada y enorme que daba miedo verla.

—Jeeeesús, María y José—ya andaba un tanto entonadilla—. ¿Te has fijado, Leire? Pedazo de picota que tiene el tío.

—Mira que eres mala —le contesté riéndome con la mano tapándome la boca, y es que la verdad es que el pobre era un cromo, pero de película de ciencia ficción. Que Dios me perdone porque bien es verdad también que no me gusta burlarme de los defectos físicos de nadie, pero palabrita que no he visto en mi vida una napia igual.

—¿Mala yo? Ni que lo hubiese echado yo al mundo, no te digo. Desde luego, como cirujano lo iba a llevar claro el menda. Se iba a tener que hacer él solito en su casa una mascarilla con un capote torero. ¡Ja, ja, ja! Venga, ¡dale ahí al pedal y cose como un condenao, Pepe, que ya te queda poco pá acabar el respunte! ¡Ja, ja, ja!

Diciéndolo, incluso a ella también se le saltaban las lágrimas. Los chicos también se meaban con sus ocurrencias. Lo pasamos genial en aquella fiesta. La cuestión es que ellos habían venido en taxi hasta el restaurante, con intención de coger otro para volver a sus respectivas casas. En cambio, no sucedió así. No es que fuesen como cubas, pero sí un tanto achispados. Mi prima no se quedaba atrás. Yo era la única que seguía fresca como una

lechuga y, con el coche en la puerta como quien dice, me ofrecí a llevarles.

Les fui dejando según me pillaba de paso de camino a la mía. Primero a Arturo, luego a Javi y Reyes y, por último, a Luis. Curiosamente, aquel macizorro vivía bastante cerca de esta que habla, y digo curiosamente porque no me había cruzado nunca con él.

Por lo que me contó en el corto trayecto que hicimos ya a solas, llevaba solo un mes y pico en el barrio, y es que antes vivía en Paracuellos del Jarama, a dos pasos de “la princesa del pueblo”, según sus propias palabras también. Trabajaba como comercial para una multinacional y viajaba frecuentemente, aunque casi siempre dentro de España.

Paré delante de su portal. Con una mano en el volante y la otra en la palanca de cambio, me quedé mirando al frente, como bloqueada, sin saber qué decir ni cómo actuar ante semejante panorama.

Me moría de ganas por tener una cita a solas con él, pero no hubiera sido yo quien se la pidiera. Como ya he dicho, soy un poco cortona. Sin embargo, está claro que el guapo sevillano tenía lo mismo en mente. Puso su mano sobre la mía.

—Qué te iba yo a decir, ¿te apetece que quedemos otro día para ir al cine o para tomar algo?

—¿Te refieres a los dos solos? —Pazguata de mí, eso le contesté.

Luis echó un vistazo a los asientos traseros y volvió a mirarme sonriendo picaronamente.

—Por aquí no veo a nadie más a quien invitar. Pues claro.

—Vale, perfecto. Sí, estaría bien.

De repente se hizo el silencio entre nosotros. Luis me miró fijamente a los ojos y fue acercando despacio su cabeza a la mía, ¿temoroso quizás de mi reacción? Quién sabe, el caso es que me dejé llevar cerrando los ojos. Fue un beso muyyyy tierno. O esa fue mi percepción, porque para esta que suscribe, por increíble que parezca, era su primer beso. ¡A mis veintidós años! Ya me vale, como solía decirme Reyes.

Pues sí. No me echaría nada al bolsillo tratando de engañar al personal. A mi edad, todavía no me había puesto ni Cristo un dedo encima, y es que no había tenido siquiera una miserable aventurilla con nadie. Las cosas son como son y no tienen vuelta de hoja. Hasta entonces, los pocos chicos que me había llamado la atención ya tenían sus parejas o ligues, y esos a los que yo les había gustado no me habían entrado por el ojo. Así de simple.

Y para ser un inocente beso... mamma mía, lo que nos cundió. Desde aquella noche nos volvimos ya inseparables. Los siameses, nos llamaba la vacilona de mi prima. No obstante, y a pesar de las risotadas por todas partes de aquella noche en que le conocimos, para ella no era santo de su devoción. Por cierto, Reyes también había empezado a salir a raíz de aquel momento con Arturo. Todavía tengo fresco el comentario que me hiciera sobre mi chico.

—No sé, Leire, hay algo en él que no me termina de convencer —me dijo cierto día en confianza, mientras tomábamos un aperitivo.

—¿Pero por qué? ¿Por algo que le hayas oído o qué?

—No, no, no es eso, ya te digo que no lo sé. Bueno, mira, no me hagas mucho caso, seguramente serán paranoias mías.

No se lo hice, es más, ya no volvió a hablarme del tema. Desde el principio de nuestra relación me pareció que Luis tenía buenas intenciones conmigo. A los quince días de empezar a salir juntos puso una foto nuestra en su perfil de wasap. Ese sencillo gesto supuso para mí la confirmación de su interés en mi persona. Y de la frase de su estado acompañándola, para qué hablar: “Me la enviaron sin alas para que nadie se diese cuenta

de que era un ángel”.

—Hombre, claro, ¿qué te pensabas?, de una novia como tú hay que presumir.

Ese fue su comentario al respecto cuando le hablé de ello, me refiero a lo de la foto. Como dije, nos volvimos inseparables. A cualquier sitio que tuviese que ir, me pedía que le acompañara. Y viceversa. Tan solo nos separábamos cuando tenía que viajar por motivos laborales, pero vamos, que solían ser viajes cortos.

Y no llegaba a seis meses desde que nos conociéramos cuando me pidió que me fuese a vivir con él. La ilusión me salía a borbotones hasta por las orejas. Mi amiga Montse me preguntó si lo tenía claro, si no me estaría precipitando.

—No he tenido nada tan claro en mi vida.

Así de contundente fue mi respuesta. Luis era el hombre de mis sueños, ambos trabajábamos y congeniábamos a la perfección. ¿Qué motivo habría para esperar más? A mis padres también les pareció buena idea. Sobre todo a él, que era de la teoría de que los hijos tenían que emanciparse en cuanto tuviesen la oportunidad, tal cual lo hiciera él en su día.

De momento, empezamos nuestra vida en común en su apartamento. Ese fue nuestro primer nidito de amor, como suele decirse, pero con el tiempo nos mudamos a un unifamiliar en una urbanización cercana.

La nuestra era una relación de lo más sana. Nos encantaba invitar a los amigos a cenar en casa muchos fines de semana, y aquella otra vivienda reunía mejores condiciones para todo. En verano, hacíamos barbacoas en el porche e inflábamos una piscinita de esas hinchables. Poco bien nos lo pasábamos dándonos chapuzones mientras se doraban los pinchitos y los choricillos.

En invierno encendíamos la chimenea y nos metíamos unas palizas interminables con el Trivial. Por supuesto, también nos hacíamos nuestras escapaditas de finde cada vez que se terciaba. Estuvimos una vez esquiando en Baqueira Beret, felices como el Pocholo y el Borjamari, los pijos esos que parodian los cachondos mentales de Martes y Trece.

También estuvimos tres días en Estambul, un lugar que yo quería conocer a toda costa desde que viese la película “La pasión turca”. Y en Lisboa, y en París, y en algún que otro sitio más. Afortunadamente, podíamos permitirnoslo con lo que ganábamos entre los dos.

Apenas dos meses después de mi licenciatura, yo había comenzado a trabajar en un famoso despacho de abogados. En cuanto a Luis, tenía también un buen sueldo más comisiones. ¿Qué más podíamos pedir?

Eso sí, lo único es que me fui acomodando a ese estilo de vida y fui dejando un poco atrás mi idea de prepararme para presentarme a aquellas oposiciones. Juez o fiscal... lo mismo me daba que me daba lo mismo. Esa gente sí que gana una pasta gansa. Pero eso... que cada vez que lo pensaba me daba pereza.

Me acordaba de aquel tiempo en que mi tía Carmen, fiscal del TSJM, andaba liada con el temario y... uf. Esa pobre sí que no tenía tiempo por aquel entonces ni de mirarse al espejo. Me acuerdo de que alguna vez, tras pasar horas y horas encerrada en su casa hincando los codos, me llamaba para dar una vuelta. De aquellas, yo tenía catorce o quince tacos.

—Sobri, ¿te vienes conmigo a dar un garbeo?

—¿Pero con papel o sin papel? —le preguntaba yo, viéndomelas venir.

—Con papel, con papel—se reía—. Pero un ratito nada más. Venga, que luego te invito a un helado en La Romana.

Sabía que era mi heladería favorita. Me ponía como el quico con aquellas copazas de

helado de cuatro o cinco bolas, con nata por encima y barquillos. De camino, yo iba con el fajo de folios en la mano “tomándole la lección”. En realidad, mi misión no consistía en hacerle pregunta alguna a la que debiera responderme. Ella se ponía como un papagayo a recitarme de pe a pa a aquellos textos que a mí, por entonces, me parecía que no había por dónde cogerlos. Y aprobó la tía a la primera. Ahí, con dos...

En fin, que eso; que yo me acordaba de aquellas panzadas que se metía de lunes a domingo y... algún día me tocará a mí, me decía para mis adentros. Pero más adelante. Qué tonta fui, pero bueno, nunca iba a ser tarde si la dicha iba a ser buena. Esa era mi filosofía en aquellos años junto a mi zalamero sevillano...

Capítulo 3



No podría decir exactamente en qué momento empezó a cambiar nuestra relación. Cambiar por su parte, porque lo que toca a esta seguía viéndole con los mismos ojos que el primer día. Llevábamos cerca de cinco años juntos y estábamos ya con los preparativos de la boda.

Sobre todo yo, pues las mujeres somos más así para estas historias. Si por muchos de ellos fuera, no se comerían el coco. Ni banquete, ni leches. Con un par de docenas de pollos asados para la familia después de pasar por la vicaría, asunto zanjado.

Además, Luis era un poco pasotilla para esas cosas. Quiero decir, no es que le diese todo igual, pero, por ejemplo, recuerdo el tema de las invitaciones. Él estaba últimamente más liado que de costumbre con el curro. Rara era la semana que no tenía que salir de viaje a donde fuese.

Aproveché una de esas tardes en que me encontraba sola para ir a la imprenta y me traje a casa varias tarjetas de muestra para elegir una entre las dos. No les hizo mucho caso.

—Chiquilla, da igual. Tú coge la que más te guste y mañana vas y le dices al Juanjo ese que te ponga el texto en la esquela.

—¿La esquela?

—Bueno, tú sabes, el anuncio del ahorcamiento. Eso de que el día tal del mes cual fulanita se casa contra manganito.

Lo que en principio sonaba a pitorreo total, a mí no me hizo ni chispa de gracia. No obstante, le reí la gracia, pero luego en la cama, pensando en ello, me empezó a entrar todo el mal rollo. Luis dormía a pierna suelta, pero yo no tenía ni chispa de sueño.

Me levanté y me fui a la cocina para prepararme una taza de té. Mientras calentaba el agua en el microondas, eché mano al móvil. Tenía varias notificaciones de reacciones de mis amigos a nuestras últimas fotos. Sí, lo reconozco, yo soy de esas que, un mojoncito que caga, un mojoncito que sube a su muro, como la que muestra un trofeo.

Mi muro estaba plagado de fotos nuestras en todas partes; cenando en el porche, en el aeropuerto a punto de entrar por la puerta de embarque, luciendo el anillo de compromiso que me había regalado Luis, brindando con nuestros padres por navidades... en fin, de todo. Y hasta en la foto de mi perfil aparecíamos juntos. Se trataba de un selfie que nos hicimos juntos en los coches choque de un parque de atracciones que visitamos en uno de nuestros viajecillos. Y ahí que se veían nuestras carotas como dos mostachones de utrera, bien redondas y pegaditas.

Me metí en el suyo. De unos meses a esa parte, mi chico apenas subía fotos nuestras. Ni nuestras ni de nadie, porque la verdad es que llevaba tiempo sin compartir siquiera ninguna publicación de esas que dan vueltas por ahí. Incluso había cambiado en su perfil nuestra

foto por una en solitario.

No quise darle mayor importancia para no rayarme más. De todos modos, al día siguiente me levanté erre que erre con el tema en la cabeza. Llamé a Montse para hablar con ella. Lógicamente, se lo expuse con mucho tino, porque no quería darle una imagen de Luis que quizás no se correspondiera con la realidad. O sí. Yo qué sé, me traía yo sola un comecoco que telita del telón.

—Bah, no le hagas mucho caso, niña. Estos tíos son la hostia y se ponen más tontos que qué, parece como si se cagasen patas abajo con las bodas. Eso sí, luego, bien que les gusta el cachondeo de las despedidas de soltero a todos ellos. Mira tú mi hermano, que se montó en un tren con toda la banda y se plantaron en Granada para celebrar la suya. Tres días tardaron en volver, la mare que los parió. A mi cuñada Encarni por poco le da una congestión, como diría mi abuela, que en paz descanse.

—Ya, sí, quizás tengas razón.

—Hablando de despedidas, ¿y la tuya qué?, ¿has pensado ya algo?

—Todavía no. Tiempo hay, que quedan cuatro meses, niña.

—Bueno, bueno, pues ya me avisarás con antelación, no me vaya a pillar de guardia en el hospital.

—Tranqui, corazón.

Montse era enfermera. La conversación con ella me tranquilizó en parte, pero no sé... algo ahí dentro me decía que las cosas no marchaban del todo como debían. También estaba a notando a Luis menos apetente en la cama. No digo que no le apeteciese acostarse conmigo, pero la verdad es que no me mostraba muy entusiasmado. Parecía como si lo hiciese por cumplir, punto.

Una semana más tarde el mundo se abrió a mis pies. Tal como suena. Aquella mañana, mi prometido se había marchado en el AVE a Valencia, con la cosa de que volvería al día siguiente por la tarde. A eso de mediodía, me escribió por wasap Bea, una buena amiga mía que estaba invitada a nuestra boda y que vivía en Sagunto, a pocos kilómetros de la capital valenciana.

—¿Qué tal, wapi? ¿Cómo te va? —le pregunté con entusiasmo, totalmente ajena a lo que mis oídos iban a escuchar.

—Bien, nada, que me he acercado hasta aquí para ver a mis padres.

—Genial, dale recuerdos de mi parte.

—Descuida, corazón. Escucha, Leire, ¿tu chico no tendrá un hermano gemelo por casualidad, no? —la pregunta venía acompañada por el emoji con la cabeza ladeada tronchándose.

—Pues chica, que yo sepa, no. Tampoco veo yo a mi suegro como a un Julio Iglesias, con una docena de hijos secretos por ahí—bromeé quitándole importancia al asunto, pero lo cierto es que ya me había entrado la cuca en el cuerpo.

—Nada, nada. Pues tiene en un clown por aquí, hija, porque, por mi madre de mi alma, te juro que me he creído que era él. Vamos, que me he tenido que fijar también en la chavala que iba con él empujando el carrito de bebé. Pero vamos, lo que te digo, que parecía un gemelo suyo.

—Pues no, ya te digo yo que no, ni siquiera tiene hermanos, solo una hermana.

—Okkkk. Pues nada, chica, ya le conoceré el día de tu boda. Ainssss, estarás como loca, ¿no?

—Pues sí.

Más que loca, de piedra como la puerta de Alcalá. Así era como me había quedado con lo que acababa de escuchar. Y como para no. La puta casualidad de que, justo a esas horas Luis estaba ya en Valencia, presuntamente trabajando. Ya mi cabeza barajó también automáticamente ese término de la presunción. Deformación profesional, que se dice. En cambio, no quería dar oídos a sordos, de manera que seguí tirando de la cuerda con disimulo.

—Seguro que mi Luis es más guapo que ese tipo con el que te has cruzado. ¿A que no tenía ese lunar tan gracioso entre las cejas?, ¿eh?, jeje.

—Ufff, chica. No me he podido fijar tanto. Ya te digo que acaban de pasar por mi lado, justo cuando iba a meterme en el portal. Me he dado la vuelta, pero ya solo le he visto de espaldas. Estaba el titi para hacerle otro niño, así to cachas el tío con su americana de pana.

No hay más preguntas, señoría, me dije para mis adentros. Con una americana de pana burdeos con coderas había salido de casa mi novio aquella mañana. Hablé un poco más con Bea por puro compromiso, pero enseguida la corté con la excusa de que iba a coger el coche para acercarme al juzgado a hacer unas gestiones.

¿Al juzgado? Desde luego, el asunto sí que era de juzgado de guardia. Me senté en el suelo de la cocina y empecé a llorar como las locas. Estaba histérica, sin saber qué coño hacer. Se me ocurrió llamarle. Sí, sería lo mejor. A fin de cuentas, según Bea, acababa de toparse con la parejita. ¡Uffffff! Me subía por las paredes. A ver cómo reaccionaba.

Cuando el móvil dio lo menos ocho o nueve llamadas, vi claro que no tenía ninguna intención de cogerme. A los dos minutos me mandó un wasap.

—Estoy en una reunión y he tenido que ponerlo en silencio cuando esto ha empezado a sonar. Ya te llamaré cuando pueda.

Arsa, pilili.

—Muy bien —le respondí con toda la ironía del mundo.

Más me valía que en el impás mis nervios se relajaran un poco, porque estaba dispuesta a decirle barbaridades mil. ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! ¿Y si todo era fruto de la casualidad? Bea le había confundido sin conocerle en persona, creyó reconocerle a través de las fotos que había visto por face. ¿Y lo de la americana? Ella tampoco dijo si burdeos si negra o si amarilla.

Qué puto caos, señores. ¿Con una chavala con un carrito de bebé? No, eso no podía ser. Debía tratarse de un clown, como ella misma dijo. Me metí dos tazas de tila doble entre pecho y espalda para tranquilizarme un poco y me senté en el salón con el portátil. Tenía que prepararme unos juicios para la semana siguiente, pero mi cabeza iba y venía y no paraba de echar vistazos al reloj.

Hasta tres horas más tarde no tuve noticias suyas. Y, en lugar de llamarme, lo que hizo el condenado fue mandarme un audio que no hizo sino ponerme más nerviosa aún. Se escuchaba ruido de fondo, como de coches, por lo que deduje que andaba por la calle.

En él me decía que se retrasaría un poco con la vuelta porque le habían metido de última hora otra cita en Adamuz al día siguiente por la tarde, de manera que debería coger un AVE posterior. “Muy bien”, volví a contestarle más cabreada que un mico. Ni una palabra más.

Para qué contar lo que tenía ya encima a esas alturas. El caso es que, cuando apareció por la puerta, rondando ya las once de la noche, y le vi con una cazadora de cuero negra que no

le conocía, me chocó más aún el tema.

—¿Y eso? ¿Te has ido de compras? —Disimulé como pude mi rebote para dejarle explicarse.

—Buah, me senté con mi colega Enrique en una cafetería para desayunar en cuanto llegamos. Hacía calor, así que me la quité y la dejé en la silla de al lado. Luego cogimos la calle y allí me la dejé olvidada. No la eché de menos hasta que, al salir de la primera reunión, empezó a refrescar. Cuando volví para preguntar por ella, nadie la había visto. Se la debió llevar algún listillo, con que me metí en el Zara hombres para no quedarme tieso y me pillé esto. ¿Mola, a qué sí?

—Ah, muy bien. —De puta madre, pensé, pero eso me lo callé.

—¿Te ha pasado algo, Leire? Te veo un poco apagada.

—Qué va, he tenido bastante trabajo hoy. Estoy cansada.

—Vale, yo también. Me han tenido desde ayer dando vueltas de un lado a otro. Voy a darme una ducha y me acuesto.

Ahí estamos. Yo también me acosté, pero no cogía el sueño ni a la de tres. ¡Más elementos de juicio, señores! Como no le preguntase a mi tía Carmen... Pero no, no quería levantar la liebre. De momento, tendría que seguirle la pista. Más mosqueada que un pavo en navidad, por supuesto que sí, pero tenía que seguir indagando como pudiera.

Poco tiempo perdí en el intento. Luis roncaba ya cuando sonó aquella notificación en su móvil que cambiaría el rumbo de mi vida. El sospechoso angelito que dormía a pierna suelta había dejado cargando sobre la cisterna del wáter, una absurda costumbre que nunca entendí.

—Cualquier día sale buceando tuberías abajo, ya verás —le advertí en cierta ocasión. Hasta entonces no se te va a quitar esa dichosa manía de dejarlo ahí.

—Muy bien, pues ya para entonces me compraré otro. Si no lo tocas, no tiene por qué caerse.

Manías, como digo. Bueno, retomando lo que estaba contando; Luis, por aquello de que dormía ya como un tronco, no escuchó el discreto silbidito de la notificación, pero una sí que la oyó perfectamente. Me lo pensé un par de minutos y al final opté por levantarme sin hacer ruido para no despertarle.

Mi novio, o mi Judas (ya no tenía claro con quién estaba acostaba), tenía puesta una clave de desbloqueo en su iphone, pero yo me la sabía porque le había visto mil veces tecleándola: 0000. Pin, pin, pin y pin; cuatro toquecitos con la yema del dedo sobre la misma tecla. ¿Habría cosa más estúpida en el mundo? Eso sí, no tenía la confirmación de lectura de los wasaps activada, por lo que quien quisiera que fuese que le había escrito no tendría por qué saber que su mensaje ya había sido leído.

Carlos Valen, ponía arriba en el chat. El contenido de aquel único wasap (muy astuto él, que debía haber borrado todo lo anterior) me dio una puñalada en el corazón: “Cariño, la niña está peor. Le ha subido la fiebre. Me voy con ella para urgencias”.

Lo que no sé es cómo no acabé yo también en urgencias esa noche. Abrí la foto del Carlitos de los huevos y allí me encontré con las dos, o sea, con la madre y la niña en sus brazos. No debía tener ni dos meses, supuse. Me entró un ataque de ansiedad horroroso de repente. Me puse a hiperventilar, incapaz ni de articular palabra para ponerme a leerle la cartilla a grito pelao, que era lo que me pedía el cuerpo. ¡Dios!

Cogí el móvil y, desde la misma puerta de aquel baño de nuestra habitación, lo lancé con

todas mis ganas y lo estrellé con el cabecero de la cama. Buena tiradora yo, calculé la distancia para no darle de lleno en la cabeza. Sabe Dios que, si le alcanzo con él la sien, salgo esposada aquella noche del dormitorio por asesinato, pues con tal fuerza lo tiré que le hubiera reventado la tapa de los sesos si le pillaba ahí mismo. Eso o un reventón en un ojo. Ganas de matarle no me faltaron, lo sabe Dios también.

Pero claro, de rebote, el móvil le dio en el hombro. Luis, sobresaltado, se incorporó de golpe en la cama.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

—¡¿Que qué pasa, hijo de la grandísima puta?! —le chillé histérica perdida, con los puños apretados y estirando el pescuezo como un avestruz. Yo sí que daba botes sobre mis talones—. ¡Pasa que no quiero verte ni en la hora de mi muerte! Ahora mismo te estás largando de aquí, ¡cacho cabrón!

Capítulo 4



El numerito fue de traca; la peor noche de mi vida. Atontado todavía por el sueño, Luis no entendía nada de lo que estaba pasando.

—Tía, ¿¿te has vuelto loca?!

Madre del amor hermoso... ¡Encima! Fue oírle referirse a mi persona con ese calificativo y perder ya el norte por completo. El Judas Iscariote se levantaba en ese momento, y yo, viéndole la intención de acercárseme, le eché el freno rapidito. Cogí lo que me pilló más a mano: una de sus deportivas del suelo. Se la arrojé con toda mi mala leche y le pegué tal zapatillazo en el costado que se quedó tieso.

—¡Vamos! ¡Arreando, que te vas otra vez a Valencia a por naranjas con tu socio el Carlitos!

Al escucharme aquello, Luis, que seguía inmóvil, palideció. Debió entenderlo todo de inmediato.

—Leire, yo... déjame que te explique.

—Mira, mira, mira, eh, ¡¡cállate la boca que no sé de qué soy capaz!! ¡Como te acerques a mí, te mato!

Viendo el móvil por allí bocabajo entre las sábanas, se me fue la chaveta ya del todo al acordarme de repente de su última frasecita de mierda en el estado del wasap: “Los ángeles existen”. ¡Aro que sí, guapi! Ya no era servidora el único ángel en su vida.

Me abalancé sobre él, se lo tiré al suelo, dándole un hostiÓN grande y gordo, como diría mi amigo Manolo Mármol, y me lie a machacarlo pegándole taconazos como una posesa. “Tus muelas, mijita, yo solo soy el desgraciao del correo que va y viene. ¿Qué culpa tendré yo?” hubiese dicho el móvil, de poderme hablar. Luis trató de impedirlo agarrándome por un brazo.

—¡Suéltame, cerdo! ¡Te me vas ahora mismo con tus angelitos, pero sin previo aviso! ¡Ya verás qué sorpresita!

Terminé reventándole la pantalla, claro. Y aquel otro malnacido, metiendo sus cosas a la carrera hasta en bolsas de basura, a falta de más maletas. Y calladito como las perras, puesto que no le consentí mientras ni abrir más la boca después de preguntarme que a dónde iba a ir él a esas horas.

—A tomar por culo con viento fresco por ahí. Ese es tu problema. ¡No te quiero escuchar ya ni el eco de la voz! —le grité.

Exacto. No tuvo pelotitas de decirme ya ni media palabra. Luis fue arrastrando sus cosas hasta el porche, cargó el coche hasta las trancas y se largó. Yo me quedé sentada en el suelo del dormitorio, con la espalda apoyada contra la pared, y llorando si tenía que llorar...

Me sentía muy desgraciada. ¡Menudo estreno sentimental el mío! Una cosa era que

sospechara que pudiera tener un lío por ahí con alguien y otra bien distinta comprobar que tenía, además, un churumbel con ese alguien; una pajarita con cara de no haber roto un plato en su vida.

Pasé la noche en vela como un zombi, dando vueltas de un lado a otro. Por la mañana, cuando me pareció que ya era una hora prudencial, llamé a Reyes para contárselo todo. Hasta ese momento no había querido comentarle nada, habida cuenta del concepto que tenía de él, pero ya...

—Me quedo muerta, niña. ¡Y mira que no me terminó de convencer nunca ese hombre!

Esas fueron sus primeras palabras cuando le conté, *grosso modo*, la tangana y el fin de fiesta. Luego había otro tema, y es que quedaban dos semanas para que nos renovasen el contrato de alquiler. No tenía claro qué hacer en ese sentido, esto es, si seguir allí o si echar el cerrojazo y largarme a cualquier otro sitio, pues aquel unifamiliar me traía muchos recuerdos.

Mi madre, cuando la puse al corriente de todo, se llevó el disgusto del siglo y me ofreció que volviese a casa con ellos. Anduve ahí dándole vueltas al asunto. Por un lado, pensaba que me haría bien sentirme arropada por el cariño de los míos. Por otro, me daba palo volver a casita de papá y mamá a mis cerca de veintiocho años. Seis años tirados por la borda junto a aquel perro... ¡Qué doloroso todo!

Finalmente opté por volver con ellos, dispuesta a dar un giro radical a mi vida; olvidarme del resto del mundo y centrarme nuevamente a tiempo completo en los estudios, como lo hiciera mi tía en su día.

Sí, había llegado la hora de retomar ese viejo sueño arrinconado. Y no de cualquier manera, no, sino a conciencia. Sabía que de mi nota dependería el poder optar a quedarme en Madrid o, por el contrario, tener que coger plaza entre las que hubiera en cualquier otra parte. Eso sí que no me apetecía para nada, de modo que había que ir a por todas.

Fue Rodrigo, un compañero del bufete en que yo trabajaba, quien me puso en contacto con aquel preparador. Entremedias, tuve que arreglar algún que otro asuntillo pendiente, como por ejemplo el de mi vestido de novia, que ya estaba encargado. En este caso, más que un arreglo, fue una pérdida de tiempo.

Por más que traté de que la vendedora de aquella famosa firma se apiadase de mí, contándole el verdadero motivo, y me devolviese los quinientos euros de reserva, no hubo Dios que la hiciese entrar en razones. Otra te pego, gallego...

—Vamos, ¿qué culpa tendrá esta casa de que a usted la haya dejado plantada su novio?

Tal cual me lo espetó, la mar de chula ella, cuando empecé a ponerme yo también farruca, viendo que no iba a conseguir nada victimizándome. Pero no, como digo, no conseguí nada más que darme el paseo en balde y, para colmo, salir de aquella tienda abochornada perdida. Cómo no, maldiciendo también una vez más a Luis y a su casta entera.

Volviendo a lo de Emilio, mi preparador. Calculé que tendría cerca de cincuenta años. Era un hombre con buena presencia y parecía bastante simpático. En cierto modo me recordó a Luis y al momento exacto en que nos conocimos, por aquello mismo de mi nombre. Solo que este no me hizo ningún numerito en plan palmero ni se me puso a cantar, claro. Simplemente me dijo que era un nombre muy original y que no conocía a ninguna mujer llamada así. Se interesó también en el porqué, quiero decir, que si me habían llamado así por alguien de la familia o por algún otro motivo en especial.

Me pareció un poco extraño todo aquello de entrada, la verdad, pero no le di demasiada

importancia. Al fin y al cabo, tendríamos que pasar dos tardes enteras por semana en su casa. Mejor empezar con buen pie, con esa cercanía, me dije (¡qué ilusa he sido siempre, la virgen!)

—Bueno, no, no hay ninguna mujer entre mi gente que se llame así. Solo una compañera de trabajo de mi madre, pero vamos, que yo ya estaba en el mundo cuando ellas se conocieron.

—Muy bien. Pues nada, Leire, vamos a tomárnoslo a pecho, ¿no?

—Eso pretendo.

—Ya verás, cuando te quieras dar cuenta, ya estás sentada en la sala de juicios con la toga puesta. Yo ya te veo...

Supuse que el hombre lo dijo con buena intención para animarme, pero yo estaba hecha un mojón por aquellos días, tanto física como mentalmente. Había perdido casi diez kilos y tenía una tristeza encima indescriptible. Dormía fatal y las ojeras me llegaban hasta los pies.

El tema había sido muy gordo. Cada vez que se me venía al pensamiento aquella criaturita, aunque el angelito no tuviese culpa de nada, me llevaban los demonios. ¡Luis con una niña en el mundo a mis espaldas!

Precisamente él, que no era nada niño, según sus propias palabras. Esa conversación había salido más de una vez entre nosotros. Sabía que yo sí que quería tener al menos un hijo, y lo tendríamos (más por darme el gusto a mí que por otra cosa), pero...

—... con el tiempo, sin prisas, ¿vale?, que todavía tenemos tú y yo que disfrutar mucho a solas.

Esa era su idea, y a ella pensaba ceñirme yo. ¿Era o no era para darse un chocazo contra la pared? No, evidentemente, no era fácil pasar página. Sin embargo, pronto me di cuenta de que debía ahuyentar esos moscardones de mi cabeza y dejarla bien limpiita para centrarme en lo que tenía por delante; un temario interminable que debía grabarme a fuego en la memoria de cabo a rabo para alcanzar mi objetivo.

Los dos primeros meses fueron bien, dentro de lo que cabe. Como ya dije, mis encuentros con Emilio se reducían a un par de veces semanales encerrados en aquel despachito de su vivienda. Pero a medida que iba pasando el tiempo me iba sintiendo más incómoda. De vez en cuando, hacíamos un paroncillo.

—Hora del café —me decía.

El primer día que me lo propuso no me importó. Al revés, se lo agradecí. Ahora bien, cuando comencé a darme cuenta del trasfondo del asunto, empezó a hacerme menos gracia, y es que Emilio aprovechaba esos minutillos de pausa para entrar en temas personales e indagar en mi vida como el que no quiere la cosas. Preguntas fuera de lugar, su señoría...

Como es natural, yo le contaba hasta donde a mí me parecía, sin querer interponer de golpe y porrazo un muro de hormigón entre nosotros para que nuestra relación no se volviese muy violenta. No obstante, él no se cortaba un pelo y seguía tratando de tirar de hilos.

Por mi parte, empecé a mirarle de otra forma, a verle como el típico viejo verde al que se le salen los ojos de las cuencas cuando pasa una chavalilla por su lado. No, en serio que no eran cosas mías. Aquel tipo me echaba unas miradas al escote o las piernas al entrar por las puertas de su casa que a mí no me estaban gustando ya ni un pelo. Ni yo tenía por qué aguantar nada de eso. ¡Solo faltaba!

El colmo de los colmos fue que una tarde, entre sorbo y sorbo de café, sentí por debajo de

la mesa su pie buscando el mío. Le miré más seria que el copón bendito y solo así conseguí que se cortase un poco y lo retirara, pero yo no estaba ya por la labor de esperar hasta que diese la hora para marcharme aquel día de allí. Amontóné mis bloques de folios, los guardé en la cartera y le dije que me iba porque no me encontraba bien. Cuando se lo conté a Rodrigo, se quedó bastante asombrado.

—¿En serio, Leire?

—¡Toma! ¿Es que te piensas que me estoy inventando algo o qué?

—No, mujer, no digo eso, solo que me extraña. Conozco a Emilio desde hace unos cuantos años y la verdad es que no me hubiera imaginado que fuera así.

—Pero este tío qué es, ¿soltero, separado o qué?

—A ver, él está divorciado de la madre de sus dos hijos, pero tiene una relación con otra mujer desde hace dos años.

Fue lo que me faltó ya por escuchar. Otro que tal bailaba. ¡Otro hijo de mala madre! Hasta cierto punto, podía entender que tal vez se sintiese atraído por mí como mujer, pero teniendo una relación con quien fuera, aunque no viviesen juntos... ¡Noooo, hija, noooooooooo!

De gente de esa calaña estaba yo muy pero que muy asqueada. Saber aquello hizo que le cogiese ya una tirria de dos pares de narices, y no tenía ninguna obligación de soportar a tan repugnante individuo. Liquidaría con él las cuentas, ¡y a otra cosa, mariposa!

Capítulo 5



Cuando le conté a mi tía Carmen lo que me había pasado con aquel fulano, se quedó perpleja también.

—Estás tú apañada, guapa. Pero bueno, voy a hablar con Elena para que te ponga en contacto con Lucas, el preparador que tuvo ella. Por lo visto, el tío es canela en rama en todos los sentidos.

—¿Y Andrés, el tuyo?

—Ay, no, por lo que sé, ya se jubiló y se fue con la mujer a Castellón.

Ahí, ahí, bien cerquita del capullo de mi ex, pensé. Sí, tal como suena. Luis se había marchado a Valencia con la otra y con la niña. Lo supe por Arturo. El chaval no quería contarme nada del asqueroso de su amigo por dos razones: por no hacerme daño y porque se sentía entre la espada y la pared.

Pero claro, dicen que la curiosidad mató al gato. Y yo necesitaba saber, así se me pudrieran las entrañas. Tras nuestra ruptura, servidora pilló por banda a Arturito. Estaba con los cuernos retorcidos y le acusé directamente de ser su cómplice, aunque aquel lo negó todo al principio.

Digo todo al principio porque solo le faltó tirarse al suelo jurándome y rejurándome que no sabía nada de aquella historia. Yo no podía creerme ni pizca de lo que decía y seguí ahí con el dale y dale. Al final confesó una parte.

—A ver, Leire, él me contó un día, hace ya bastante tiempo, que había conocido en una reunión en Valencia a una tal Carlota y que le había encantado. Es más, hasta me enseñó una foto.

—Ahhhh, mira tú qué bonito.

—Escúchame, joder, era una foto en la que aparecí él con ella, con su compañero Enrique y un par de hombres más, así enchaquetados también.

—¿Y?

—Y nada, tía. Te juro por mi madre que ahí quedó la cosa, que no me dijo más. Más adelante, otra de las veces que le tocó viajar por la zona le pregunté por ella, si estaban liados o qué. Me contestó que bueno, que se traían un rollito entre manos, pero que pensaba cortarlo porque la tipa le estaba empezando a presionar.

—Claro que sí. Qué pedazo de cabrona. Y le engancho a base de bien.

—Óyeme, Leire, palabra que yo no me he enterado de que le había hecho un bombo hasta ahora que me lo has contado tú.

—Fíjate tú qué curioso, ¿no? Con lo amiguitos que sois...

—Para que veas. Se debió de cagar en los calzoncillos al saberla embarazada. Lo mismo se pensó que yo se lo contaría en confianza a Reyes y terminaría estallando la bomba. Hombre,

en parte, lo entiendo. Tu prima te lo habría dicho de todas, todas. En cuanto a mí, pues ¿qué quieres que te diga? Habría sido una putada saberlo y tenérmelo que callar por encubrirle, pero te vuelvo a decir que yo no sabía nada.

—Eso. Quien sí que estaba en la inopia de todo era yo, la cornuda de turno.

—Mira, Leire, te digo más. A mí también me mintió. La segunda vez que le pregunté por ese follón me dijo que estaba buscando la manera de dejarla sin hacerle daño porque la chavala estaba coladita por él. Le advertí que se la estaba jugando por lo militar, que vosotros estabais muy bien y... ¡joder, tía!, sabes que te aprecio un montón, le dije que tú no te merecías eso.

—Y tanto que no. Qué hijo de perra.

—Y bueno, más adelante volví a preguntarle y me dijo que nada, que todo aquello había quedado atrás y que no había vuelto a saber de ella. Le creí. Y ahora tú, si me quieres creer, me crees, si no, no puedo decirte ya otra cosa para convencerte de que no te estoy mintiendo.

Tenía lógica su explicación, y aunque me dolió saber que le había tapado en un principio, le entendí. A fin de cuentas, ellos eran amigos desde mucho antes de aparecer yo en escena. Mirándolo bien, era una situación muy desagradable y no me gustaría a mí verme envuelta en algo semejante.

Me consta que Arturo se lo reprochó, pero eso... que ellos eran amigos y no iban a perder el contacto. Esa conversación con Arturo la tuve al día siguiente de echar a Luis de casa, poco después de hablar con Reyes con toda mi desesperación. Ella también estaba muy mosqueada, pues le parecía muy extraño que su novio no supiese nada.

Era sábado por la mañana y Arturo había ido a por churros para el desayuno, así que cogí la calle nada más colgarle, sin pegarme siquiera un peinetazo por la melena, y allá que me planté en casa de ellos dos a formar el expolio. Desde luego que les di el desayuno. Buena forma de empezar el día, pobres míos.

Las cosas de Luis que habían quedado por casa (demasiado se llevó del tirón en mitad del pifostio), se las metí en una caja de cualquier manera y la dejé esa misma tarde en manos de Arturo para que se la hiciese llegar. O que le prendiese fuego, lo mismo me daba.

De todos modos, al mes siguiente, y en vista de que no había ni rastro de él, no pude evitar la tentación de preguntarle a Arturo si sabía algo de su paradero. Ahí fue cuando me contó que el malnacido había cogido el pescante y se había plantado en Valencia con la tal Carlota y la nenita. El que se estaba sintiendo presionado, según palabras del otro... el que no era nada niño... Como diría mi madre: ¿No quieres coles? Pues ahí tienes el plato lleno.

En fin. Me dije que ya era suficiente y me juré no volver a preguntar en la vida por él. Y no lo hice. Y ya me he vuelto a desviar otra vez del tema por mor suya, mal rayo le parta en dos. Estábamos con lo de mi nuevo preparador.

Bueno, pues nada, retomé lo de mi oposición con Lucas, ese chico del que Elena hablaba maravillas, casi tres meses después de meterme de lleno en aquella odisea. Y sí, la verdad es que conseguí alejar por completo de mi cabeza aquel nefasto capítulo, devorando mis trescientos veinticinco temas de Derecho Constitucional, Procesal Penal y Administrativo y Laboral.

No voy a ahondar en este punto por no aburrir a más de uno. Bastante aburrida estaba esta que está aquí absorbiendo como una esponja y reteniendo tantos artículos, reales decretos, etc, etc.

A lo que más le temía era a la exposición oral ante el tribunal calificador; el segundo ejercicio de los tres que conformaban las pruebas. Eso era lo que peor había llevado siempre a lo largo de mi vida como estudiante. Me ponía nerviosísima el hablar en público, máxime cuando me iba tanto en juego.

¿Qué decir de esa etapa? Estuve prácticamente año y media aislada del mundo, pero no me importó. Lucas, que era un tío fantástico, me insuflaba dosis de ánimo a diestro y siniestro, y es que, a veces, no lo niego, tuve momentos de debilidad, no por el recuerdo de Luis, sino por la dureza del temario. Además, yo no era la típica estudiante dedicada exclusivamente a ello, dado que tuve que repartir el tiempo con el trabajo.

—Venga, Leire, que ya queda menos—parece que todavía le estoy viendo, sentado frente a mí con sus gafitas y ese dulce tono de voz.

—Menos mal, porque, si no, casco en el intento.

—Serías tú el primer alumno que no aprobase, después de haber pasado por mis manos. No querrás hacerme ese feo, ¿no? —Emilio se reía. Teníamos muy buen rollo.

—Descuida. Si te lo hago, yo solita me borro del mapa.

Aprobé, señores. Y como yo quería: ¡Por puntuación, mi nombre figuraba entre los primeros de la lista! Me sentía muy orgullosa de mí misma, al punto de que, antes de mi nombramiento, me di un buen capricho: un viaje de una semana a Cuba, a ver si La Habana se parecía tanto a Cádiz como decía en la canción el difunto Carlos Cano.

En aquel rinconcito del sur de España ya había estado en su día con mis compañeros de instituto y me había encantado. Era hora de volar hasta las Antillas, pero, como es natural, no me apetecía hacerlo sola.

Mi prima estaba a punto de cogerse su mes de vacaciones en el hospital. Coincidiría por quince días con las de Arturo, de manera que le eché el tiento.

—... déjate ya de rodeos, Leire, que te conozco. ¿Tú quieres que nos vayamos contigo Arturo y yo o que me vaya yo sola contigo?

Me eché a reír.

—Jo, tía, tú sabes... tampoco quiero que se vaya a mosquear conmigo, por eso había pensado en que nos fuésemos los tres.

—Pero qué tonta eres, parece que no le conoces. Y qué mentalidad más antigua tienes, guapa. Además, nosotros nos vamos del 15 al 22 a Grecia. El resto del tiempo, toda tuya. Y puedes estar tranquila, que no se va a cabrear ni nada que se le parezca. Te digo más, no me lo dice, pero sé que todavía tiene esa espinita ahí clavada por lo que pasó. Se sintió muy mal por aquellos días.

—Buah, qué bobo. Como tú bien dices, pasó. Yo ya no me acuerdo de eso. Arturo es un tío de puta madre.

Y de puta madre nos lo pasamos nosotras aquella semana por tierras cubanas, donde las risas nos acompañaron desde el primer hasta el último momento. Recuerdo que, ya en el avión, se tuvo que reír con ella hasta el abuelete que teníamos sentado al lado, viéndola gesticular con los brazos y las manos. Reyes parodiaba a la seria azafata a la cabecera del avión, cuando esta daba a los viajeros las explicaciones pertinentes sobre los chalecos y tal antes del despegue.

—Como si una se fuera a salvar de un piñazo con un cacharro de estos. Amos, no me fastidies.

Mi prima era así. Para verla también, posando para las fotos, en la tumbona con el triquini

y el mojito en mano, en la playa de Varadero.

—Búscame un mulato por ahí que venga a abanicarme con el pai pai, niña, que me está entrando mucho calor con tanto cubanito en taparrabos.

—Cheeee, quieta ahí, ¿eh? A ver si voy a tener que atarte en corta.

Se lo decía en broma, por supuesto. No me cabía la menor duda de su fidelidad a su chico. Vaya, que no la veía capaz de hacerle ninguna trastada. Mi prima estaba muy enamorada de él, tanto como él de ella. Reyes y Arturo eran la pareja perfecta, pero de verdad, nada de tonterías, de lo cual yo me alegraba muchísimo.

Como todo lo bueno acaba, llegó la hora de coger el avión de vuelta a España. Ahí sí que empezaba para mí una nueva vida...

Capítulo 6



Al llegar me encontré con una gran sorpresa, en forma de ladridos, tras el portón de entrada de casa de mis padres. Aunque me hacía una ilusión enorme, eso sí que no me lo podía creer. ¿Un perro en casa? Pues sí, un perro en casa, pero no un perro cualquiera, sino un cachorrito de Pomerania, de pelo blanco y carita de muñeco de peluche.

Aquella bolita blanca tan graciosa era un regalo de mis padres, a sabiendas de que esa raza de perros me encantaba. Esa era otra de mis asignaturas pendientes. Con Luis no había podido tener ninguno porque, aparte de no gustarle los animales ni lo más mínimo (caso curioso, siendo un zorro él), era alérgico al pelo de los perros y los gatos.

El caso es que a mi madre tampoco le hacían mucha gracia ni unos ni otros, más que nada porque es muy escrupulosa con la limpieza de la casa, pero sabía mis intenciones de independizarme en breve. Lo cogí en brazos y le acaricié el lomo.

—Ayyy, ¡ven aquí que te como entero, cosita guapa!

—¿Te gusta? —me preguntó mi padre, apoyado en el marco de la puerta del salón.

—¿Que si me gusta? Hombre, por favor, cómo no me va a gustar, si es una monería.

—Cuco, le llamo yo —dijo mi madre.

Me pareció muy apropiado para él, de manera que con ese nombre se quedó mi perrito. Como dije antes, mis padres sabían que iban a tenerlo por allí por poco tiempo porque yo les había explicado que, a mi regreso, pensaba ponerme a buscar piso.

No lo había hecho hasta entonces por aquello de no liarme con jaleos de mudanza y tal en mitad de las oposiciones, pero ya iba siendo hora. Mi hermano Pablo también se había marchado ya con su novia y yo me encontraba con fuerza para todo a esas alturas. ¡Qué narices! Más que eso; estaba encantada de la vida.

La gracia fue que, buscando por internet una casetita para él, me topé sin comerlo ni beberlo con un piso en Las Tablas, cerca de los estudios de Telecinco, que me llamó muchísimo la atención. El asunto era que no se alquilaba, sino que estaba en venta. Me chifló, la verdad, aunque costaba un buen pico.

Hice un rápido cálculo mental entre lo que tenía ahorrado y el precio de aquel bonito bajo con jardín. A continuación, llamé volando a la inmobiliaria que lo tenía en venta y concerté una cita para verlo. No me lo pensé dos veces. Di una señal y pedí una hipoteca al banco.

En apenas un mes ya estaba viviendo en mi nueva casa y ejerciendo como fiscal. Di una fiesta de inauguración por todo lo alto, a la que invité a cerca de veinte personas, Reyes y Arturo los primeros, junto a mis padres.

—Esta urbanización está genial, niña —me comentaba mi prima, dejada caer sobre el muro con barandas del jardín—. Con tu piscina comunitaria, tu pista de paddle y la fábrica de la tele... vamos, que ya solo te falta un buen maromo ahí sentado a tu vera en el

balancín.

—Venga ya, paso.

—Vete tú a saber. Con lo que tienes allí enfrente, lo mismo te encuentras cualquier día con alguno de esos tíos buenos que vienen de invitados al “Sálvame” y se queda prendado de ti. Con que no te me enamores del Paquirrín o del KiKo Matamoros, me vale. Escucha, niña, aprovecha el tirón, que hay por ahí un torero suelto que se ha separado hace poco de la mujer y que... ¡ay!, ¿cómo se llama el tonturrio este?

—Quita, quita, no me vengas con leches. Déjame a mí de tonturrios ni listurrios, que estoy yo muy tranquila ahora con mi Cuco.

Así era. Tranquila en mi súper pisazo con la única compañía de mi perrito, que captaba la atención de todo el vecindario al verme pasear con él, y encantada con mi nuevo puesto. Por suerte, había ido a parar a un juzgado con gente dabuti, como decimos los madrileños.

A media mañana nos juntábamos varios compañeros para desayunar en una de tantas cafeterías de las proximidades. Mi tía Carmen también fue un buen apoyo para mí en mis comienzos, tanto personal como profesionalmente. A ella le comentaba algunas dudas con tal o cual juicio, a la hora de redactar los escritos de acusación.

Y llegó el momento en que debía enfrentarme a mi primer juicio con jurado popular; una experiencia nueva para mí. Pero ya se sabe cómo son estas cosas, quiero decir, de los miembros señalados en principio por la sala de la Audiencia Provincial, unos pretenden excusarse con el trabajo, otros ponen de parapeto que están medicándose por depresión (y, si hace falta, hasta a Perico el de los palotes, con tal de escurrir el bulto). Cosa distinta es que se les admitan sus respectivos alegatos. Otros, simplemente, y aunque no quieran, son excluidos por no dar el perfil para ese juicio en concreto.

Así se va filtrando la cosa hasta quedar conformado el jurado de nueve miembros más dos suplentes. Por otra de las grandes casualidades de la vida, ya que en Madrid somos tantísimos habitantes, una de esas personas era conocida mía. Pedro y yo habíamos coincidido unos tres años atrás en el bautizo de la hija de unos amigos del innombrable. Era un chico soltero, bastante majete físicamente y muy culto, por lo que pude comprobar en su día.

Me acuerdo de la charla que mantuvimos aquel atardecer Luis y yo con él, en la casita de Guadarrama en vivían los orgullosos padres de la criatura y en que se celebró su bautismo con una merienda cena en plan informal.

El chico había acudido solo y andaba un poco desubicado entre la gente, de manera que, no sabría concretar ahora mismo a santo de qué, se nos arrimó y ya no se separó de nosotros. Nos caímos bien.

Pedro era economista, tenía ya treinta y cinco años en esos días en que se celebraba el juicio y trabajaba como subdirector en una sucursal de La Caixa.

—Ja, ja, ja. El pasado te persigue, nena, manda narices —La guasona de mi prima se partía cuando se lo comenté por wasap.

—Ya ves tú, menudo problema. ¿Qué tendrá que ver el tocino con la velocidad?

—No, está claro. Ni Jesucristo con María del Monte, pero me ha hecho gracia la coincidencia.

—A mí también.

—Oye, ¿y es muy largo el juicio ese o qué?

—En principio, tenemos siete señalamientos, ni largo ni corto, digamos. Pero sí es un tema

muy desagradable. Es por un asesinato de un chavalillo de veinte años en los aparcamientos de un centro comercial.

—Estamos apañados, a este paso no va a poder ir una tranquila ni siquiera a comprar al Alcampo.

—Sí, ya. Bueno, de todas formas, no tiene mucho que ver con el asunto. O sea, ocurrió en unos aparcamientos en superficie, en una pelea nocturna. Estaban haciendo un botellón de esos en que se reúnen por grupitos pequeños. Estos dos iban por libre y andaban en una esquina a cierta distancia del resto, me refiero a Mauro, la víctima, y a Nicolás, el supuesto asesino.

Una pena. El alcohol y las malas ideas, mala combinación. Todo había surgido en un abrir y cerrar de ojos por una triste litrona de un euro. Que si tú que si yo, que si yo que si tú te la estás bebiendo entera, el acusado le metió un par de cuchillazos mortales a aquel chavalín colombiano.

La cosa hubiera estado bastante clara de no ser porque ninguno de los testigos podía asegurar que había sido él. Suena a coña, lo sé, pero no lo es. Todo tiene sus matices, aunque tampoco quiero entrar ahora en los enredosos pormenores de tan escabroso juicio. Y mira que ya me había enfrentado a otros cuantos hasta entonces, pero aquel le impresionó sobremanera a esta fiscal de lo penal.

Generalmente habían sido por cosas más leves; peleas en discotecas con lesiones, accidentes de tráfico causados por el alcohol, tráfico de drogas...

Insisto, aquel me impactó muchísimo, quizás también por ser el primero. Cada vez que se me viene a la memoria la imagen de la madre del chavalillo, sentada en los bancos delante del estrado, se me rompe el alma. Parecía un cadáver viviente. Por no hablar del asco que me causaba tamaña frialdad del acusado, tanto por la imperturbable serenidad de su rostro en todo momento como por su manera de contestar a las preguntas, allí de pie ante el micrófono, con las manos entrelazadas.

Al terminar la primera sesión del juicio de marras, me metí en un bar cercano a los juzgados a tomarme un aperitivillo. Me pedí una Coca Cola light (qué fina yo) y un pincho de tortilla. A través de la cristalera del local vi pasar a Pedro por la acera contraria y meterse en la boca del metro.

Me hubiese encantado poder invitarle a tomar algo, pero era inviable. En realidad, me apetecía saber algo más sobre él, si estaba casado o soltero, si tendría hijos... en fin, hablar un poco de temas personales. El problema es que no podemos juntarnos con ningún miembro del jurado antes de que el juicio acabe y se haya dictado sentencia.

Habría que esperar, en tal caso, a que todo aquello finalizase. Me dije que, en cuanto tuviese oportunidad, podría enviarle un wasapillo como el que no quiere la cosa, a ver por dónde me salía el tiro. Que fuese lo que Dios quisiera.

No hubo lugar, puesto que aquel atractivo chaval se me adelantó. Y por suerte, porque yo no soy muy echada para adelante con estas cosas, creo haberlo dicho ya. De no hacerlo él, no sé si al final hubiese tenido el valor. Salía yo del trabajo un par de días después de que aquel tipo fuese finalmente condenado, cuando me entró su wasap. ¡Bingo!

—Buenas, Leire. Ando cerca, ¿estás por casualidad trabajando todavía? Podríamos tomar un cañita por la zona y charlar un poco, si no tienes ningún compromiso.

—¡Holaaa! ¡Perfecto! —No oculté mi emoción. ¿Para qué? —Me pillas justo saliendo. Iba a comprar una cosa antes de volver al parking a por el coche.

—No quisiera trastocar tus planes...

—Nooo, no te preocupes. Te espero en el bar que hay frente por frente al juzgado, ese que tiene toda la fachada de madera.

—Perfecto, voy para allá. En diez minutos como mucho estoy ahí.

Empezamos con un tapeílo en la barra y terminamos pidiendo mesa al camarero para almorzar. En aquella primera conversación, además de intercambiar algunas impresiones relativas al juicio, hablamos de otros temas como la política y, por supuesto, de nosotros.

Pedro seguía soltero porque, según él, una de dos, o las mujeres de hoy día estaban todas un poco locas, o él había tenido muy mala suerte en ese terreno. A ver, no quiero dar una imagen de él de machista ni nada de eso, puesto que no lo es.

Se refería a que todas con las que se había cruzado en su camino le habían salido ranas; chicas que, en el mejor de los casos, no querían ningún compromiso. Y algunas, como su última novia, que lo hizo mejor aún. Isabel le había dejado de un día para otro sin darle ninguna explicación, después de un año de relación.

—¿Así sin más?

—Así sin más, chica.

Se me vino inexorablemente al pensamiento mi queridísimo novio Luis, le diera un dolor miserere, como decía mi abuela Matilde.

—Pero habría alguien más, quizás, o... Bueno, no sé, hay de todo en la viña del señor.

—No sé qué decirte. Que yo sepa, no. De hecho, creo que sigue por ahí sola, por lo que me contaron hace un par de meses. Bueno, mira, me da igual.

—¿Sabes lo que dicen?

—Como no me lo cuentas...—se encogió de hombros.

—Que quien se va sin que le echen, suele volver sin que le llamen.

—Ahhh, bueno. Cojonudo. Por mí ya podría venir cuando quisiera. No, hija, no. Que se vaya con su santa madre si quiere, yo no soy ningún blandengue de esos.

Le entendí. En ese punto coincidíamos. Tengo que decir que pasamos un rato muy agradable. Pedro, según me contó, solía ir en metro al trabajo por aquello de la dificultad a la hora de aparcar en su zona, por lo que me ofrecí a acercarle a casa con mi coche, al saber también que vivía cerca de La Ilustración.

—Te lo agradezco mucho, pero no hace falta que te molestes.

—No es ninguna molestia, en serio. Me pilla bien para coger por allí la autovía en dirección a Alcobendas.

—Como quieras.

Le dejé en su casa y enfilé hacia la mía. Mi Cuco me esperaba tras la puerta como siempre y empezó a corretear alrededor de mis piernas dando vueltas como un loco, antes de empezar a pegar saltitos para que le cogiese en brazos. Era un mimosín de aquí te espero.

—Ven aquí, muñeco mío, le dije sobeteándolo por todas partes. Vamos a echarnos una buena siesta tú y yo en el sofá.

Puse una peli y anduve ahí dando cabezadas hasta quedarme frita totalmente. Aquel había sido un buen día...

Capítulo 7



Quizás a más de uno le choque lo que he dicho así de soslayo acerca de las relaciones personales entre nosotros y los miembros del jurado. Vuelvo al mismo punto.

La misión de ellos durante los señalamientos se limita a ver, oír y callar, para que nos entendamos. A lo sumo, pueden hacer alguna pregunta suelta por ahí, poca cosa más. Terminada la última sesión, se establece un día determinado para que estas personas comiencen a deliberar. El magistrado les entrega el objeto del veredicto; un cuestionario con equis preguntas que determinará la culpabilidad o inocencia del acusado.

El grupo completo es conducido a un hotel donde permanecerá aislado, sin teléfonos móviles, ni acceso a Internet ni a ningún medio de comunicación, para evitar influencias. Dicho formulario (redactado por el magistrado) es revisado posteriormente por las partes y leído en sala, el día del veredicto, por el portavoz del jurado. En este caso, por Pedro. El acusado, según adelanté, al final fue condenado a dieciocho años de prisión.

—Así se pudra en la cárcel —me decía Pedro mientras almorzábamos al día siguiente de nuestra primera “cita”. Cita que propuse yo, jala! (me había sabido a poco la anterior).

—Tanto como pudrirse, no creo. Estas cosas son así, es decir, luego, con los beneficios penitenciarios por buena conducta y tal y pascual, muchos de ellos no cumplen la condena íntegra.

—¿Buena conducta? ¿Tú crees que una persona así puede tener algo bueno?

—A mí también me cuesta creerlo, chico. Se supone que la pena privativa de libertad tiene como fin la reeducación y la reinserción social, pero hay que tener mucha sangre fría para cometer un asesinato.

—Por eso le digo, su señoría —Me sonrió. Pedro había comenzado a llamarme así, sobre todo cuando tocábamos temas de justicia—. Yo creo que una persona que es capaz de algo semejante, al final termina haciendo otra gorda por ahí. Vamos, que el que es un hijo de su madre se queda así para toda la vida.

Esta que está aquí piensa más o menos lo mismo. Una cosa es que tú puedas cometer una locura en un momento puntual bajo los efectos de las drogas, por ejemplo, pillando sin querer a un peatón con un coche o una moto, y otra ir por la vida portando un arma y apuntar directamente para matar, como había ocurrido con aquel joven colombiano. Según el forense, una de las cuchilladas le había perforado un pulmón y la otra le había alcanzado el corazón. Cuando llegó la ambulancia, el personal ya no pudo hacer nada por él.

Bueno, dejémonos de penas, que bastantes tiene que ver una en su día a día. Durante aquella segunda comida, Pedro me hizo una propuesta inesperada. Corría el mes de Mayo.

—¿Has estado alguna vez en el Rocío, Leire?

—¿Te refieres a la romería? No, nunca me ha dado por ahí, mira tú por dónde. Lo más

cerca que he estado de allí ha sido en la playa de Matalascañas. —El fantasma de Luis, en bañador y con la espalda embadurnada de protector solar, se presentó de repente en mi cabeza. Habíamos pasado unos días de vacaciones en Huelva.

—Sí, a eso me refiero. En cualquier otra época del año aquello no tiene apenas vida. La aldea está como muerta, con todas las casas cerradas.

—Tonta pregunta la mía, chico. Ni he estado en tiempos de romería ni en ninguna otra fecha.

—¿Te gustaría acompañarme?

Me quedé unos segundos parada porque la invitación me pilló totalmente desprevenida, vaya, que no me la esperaba. ¿Me apetecía? ¡Sin duda! Ahora bien, ¿en qué condiciones? Por lo que tenía entendido, aquello es mortal con el tema de los alojamientos. Me explico, no es como decir me voy dentro de un par de semanas a Marbella y reservo cualquier habitación de hotel.

Lo sé por una compañera de carrera con la que tenía mucha amistad y que era de Ayamonte. Más de una vez salió todo aquello en conversación. Fue ella misma quien me dijo que debía bajar algún día a la popular romería si tenía oportunidad.

—Pssh, Leire —Pedro chasqueó los dedos ante mis narices para sacarme de mi abstracción.

—Perdona, niño, es que, al hablarme de esto, me acabo de acordar de Lola, una amiga mía, muy rociera ella.

—¿Que sí? Pero no me has respondido a lo que te he preguntado.

—Sí, me encantaría acompañarte, pero... a ver, ¿dónde vamos a quedarnos?, ¿y por cuántos días sería? Tengo que mirar el calendario para comprobar que no me cuadre con ningún juicio ni ninguna guardia.

—Mira, nos iríamos el viernes a mediodía para allá, en cuanto terminemos de currar. Y nos pondríamos en camino de vuelta el domingo a media tarde. En cuanto al alojamiento, no te preocupes. Unos compañeros y yo alquilamos todos los años la misma casita. No es un cortijo de esos enormes, pero bueno, siempre queda espacio para algún invitado. ¿Qué me dices? ¿Te apetece el plan?

Me apetecía muchísimo, lo digo abiertamente. Aquel guapetón de raíces andaluzas y modales exquisitos iba ganando puntos en mi corazón por minuto que pasaba. Aunque no me había insinuado nada aún (y, normal, dado que solo nos habíamos visto un par de veces fuera de sala), le veía muy interesado en mí. Yo también lo estaba en él.

Pedro sabía por mi propia boca que yo había quedado muy escarmentada de mi historia con Luis. También le había contado en nuestro primer almuerzo el mal trago que pasé con aquel degenerado de Emilio, el grosero preparador que tuve en los primeros meses.

Pues lo íbamos a llevar claro, me dije. Él por ese motivo y yo por mi timidez, lo mismo la casa se quedaba sin barrer, con todo su golpe de pelotillas de polvo bajo la cama. Mi prima, a quien ya había puesto al corriente de todo, se cachondeaba de mí.

—Mae mía, pero ni un piquito de despedida, ¿no? Malas puñalás te den. Vaya par de patas pá un banco. —Cuando le entraba la vena, me hablaba en esos términos que tanta gracia me hacían.

—Jo, tía, tú es que eres más lanzada. Pues espérate, que te voy a contar una cosa que te va a dejar fría. ¡Qué lindo es!

—Uyuyuy... piquito no, pero te ha venido con una rosita hoy.

—¿Quieres dejarme hablar? ¡Pedro me ha invitado a pasar el fin de semana que viene en el Rocío!

—¡Me quedo muerta! ¿¿Qué dices, chiquilla?? ¿En seriooo? —Reyes rompió de golpe en carcajadas.

—Como que me llamo Leire. Sí, hija, sí.

—No te veo yo, pero bueno, mira, a ver si tienes suerte y yéndote de peregrina te coge de la mano por lo menos, como le pasó a la María del Monte. —A Reyes le encantaba todo lo que tuviera que ver con el flamenco y las sevillanas, y en muchas ocasiones me echaba a la famosa tonadillera por delante. A ella o a quien fuese. Siempre tenía una canción a mano.

—Ahora en serio, prima. Estoy muy animada con la idea y estoy pensando que, ya que me voy, pienso ir como una rociera por derecho.

—Me he perdido.

—Verás, estaba pensando en comprarme un traje de flamenca con todos sus abalorios, o sea, unos zapatos, flores y todo eso.

—¡Toma ya! ¡Oigan, señores, que la fiscal quiere cambiar las puñetas de la toga por un puñado de pulseras de colores!

—Escúchame, niña, que no tengo mucho tiempo para hablar. Quería preguntarte si podrías acompañarme. He visto por Internet una tienda en una de las bocacalles de la Gran Vía que vende estas cosas. Tú tienes muy buen ojo para la ropa.

—Yeahhhh... “Échame una mano, prima, que viene mi novio a verme...” —se puso a cantarme—. ¿Es eso, no?, que estás tan nerviosa que no sabes qué vestido ponerte.

—De momento no tengo dónde elegir, por eso te estoy pidiendo que vengas conmigo, que cuatro ojos ven más que dos.

—Eso está hecho, ¿cuándo quieres ir?

—Esta misma tarde, si pudiera ser. No tengo mucho tiempo por delante si me tuvieran que coger el vestido de ancho o de lo que sea.

—Pues nada, guapa. Vámonos que nos vamos. ¡Marchando una de lunares y otra de peinetas!

Con ella daba gusto todo. Lo único que lamento es no haberla visto con más frecuencia de lo que me hubiese gustado, durante aquellos años que compartí, bueno, que compartí, no, que perdí con Luis (ahora lo veo así), pero ya expliqué que a mi prima no le hacía mucha gracia aquel novio mío.

Nunca supo explicarme el porqué, pero Reyes procuraba evitarle. Solo venía por casa cuando celebrábamos algún cumpleaños o cosas por el estilo. Ella trataba de hacerlo con naturalidad, o sea, en esas reuniones frecuentes que organizábamos con los amigos, me ponía siempre alguna buena excusa que le impedía acudir con Arturo. Supongo que le era menos violento que decirme que no venía por lo que no venía.

Así pues, si no había quedado ya con su chico en que irían al cine y luego a cenar por ahí, era porque pensaba quedarse estudiando para algún cursillo rápido de esos que solía hacer. Pero bueno, las aguas también suelen volver a su cauce, dicen, y nosotras habíamos empezado a recuperar el tiempo perdido a raíz del desastroso fin de mi relación.

Para no variar, pasamos una tarde estupenda yendo juntas a buscar traje de faralaes y complementos para servidora. Me tenía la cabeza como un balón de Nivea, eso sí, y es que Reyes es de esas personas que hablan hasta por los codos. Cómo no podía ser de otra forma tampoco, en los probadores salió Pedro a relucir.

—Este, niña, no le des más vueltas. Total, todos te sientan como un guante. Te lleves el que te lleves, a tu Pedro le va a entrar una cosa mala cuando te vea.

—¿Tú crees?

—No, no lo creo... ese ni se va a molestar en pedirte que le cantes a la sombra de los pinos. Ese te va a meter un meneo allí mismo en los pinares que te va a poner en órbita. Ya es hora de que empieces a espabilar, polvoroncita mía —me dijo en plan cariñoso.

Aunque todo eso estaba por ver, me imaginé por un momento la escena y se me pusieron los pelos de punta. Ese hombre que el destino había vuelto a ponerme en el camino tenía un algo muy especial. No ya por guapo, que también, sino por su dulzura y su saber estar. Me gustaba mucho en general...

Capítulo 8



Los días previos a nuestra escapada continuamos viéndonos. Comíamos juntos, luego nos íbamos a nuestras respectivas casas y después nos veíamos otro ratillo. Una de estas tardes fuimos al Retiro a dar un paseo en barca, otra nos metimos una sesión doble de cine y otra acudimos al teatro para ver una obra que acababan de estrenar, en la cual estaba muy interesada. Él y yo teníamos varias aficiones comunes.

Fue justamente esa noche que estuvimos en el teatro (la del jueves) cuando pasaría algo con lo que yo no contaba; un asunto que no es que tuviese mucha importancia pero que a mí se me hizo un mundo.

Pedro me trajo a casa en su coche. Yo andaba un poco nerviosa porque mi Cuco llevaba ya unas cuantas horas sin salir a hacer sus cositas. Al llegar, paró delante de mi portal y miró el reloj.

—Es pronto, ¿te acompaño?

—Como quieras.

Se quedó prendado de él al verlo. Mi pitufillo, como de costumbre, iba tan contento por la acera meneando su rabito, pero el infortunio quiso que, al doblar la esquina de la calle, se le echara encima el perro de Natalia, una vecina del primer piso de mi bloque.

Ni ella ni yo tuvimos tiempo de reaccionar, por más que la mujer, en cuanto su perro se puso a ladrar como un loco al encontrarse con el mío, le diera un tironazo de la cuerda. Tarde ya. Lo cierto es que Cuco y Danko armaban la de Dios cada vez que se encontraban por ahí.

Siempre que aquella mujer y yo nos veíamos venir de frente teníamos que agarrar bien las cuerdas y mantener la distancia al pasar porque era horroroso, pero en esa ocasión había sido distinto porque no nos habíamos visto de antemano. Fue en un visto y no visto, valga la redundancia.

La dentellada de Danko le alcanzó el lomo y mi pobre Cuco se puso del tirón a dar unos ladridos de dolor que daba penita escucharlo. Al ver cómo la sangre empezó a teñir su pelo blanco, me temí lo peor. Natalia me miró, blanca también.

—¡¡¡Ay, Dios!!! Cuánto lo siento, Leire —se volvió hacia el perro y le dio una sacudida. — ¡¡Eso no se hace, Danko!! ¡Te has portado muy mal!

—No, no le pegues, por favor, son cosas de animales —le dije atacada de los nervios, con mi mascota ya en brazos.

Eran cosas de animales, sí, y a cualquiera nos puede pasar alguna vez. Esa noche le tocó a ella. Y a mi pobre perrito comerse el marrón. Le levanté con cuidado el pelito y deduje que tenía que llevarlo en seguida a su veterinario, pero me temblaban hasta las piernas. No sé cómo no me desmayé, pues soy de esas personas que no pueden ver una gota de sangre.

—No te preocupes por nada, yo te llevo y te traigo de vuelta—Me ofreció Pedro, siempre tan atento conmigo.

—Pues has tenido suerte de que no le haya enganchado un perro más grande, porque se lo hubiera zampado con patatas —me dijo más tarde Ramón en la clínica. Era otro chico encantador.

—Sí, y de que estéis vosotros hoy de guardia.

—Nada, tranquilízate. Tampoco ha sido gran cosa, pero ya ves, he tenido que sedarle para darle los puntos.

—¿Cuántos? —Yo no me atrevía ni a mirárselos.

—Tres. Venga, tranquila, mujer. Se los he dejado al aire libre para que se le sequen antes.

Mi Cuquito iba dormidito en el coche, de regreso a casa. Pedro paró el motor al llegar y me miró. Ahí me agarró de la mano y me miró a los ojos.

—Ya has escuchado a tu veterinario. ¿Estás más tranquila?

—Bueno, un poco —le respondí, pero, en realidad, todavía tenía el susto en el cuerpo—. Pedro, muchísimas gracias por todo.

—No hay de qué. Es lo mínimo que podía hacer por una mujer tan hermosa como tú.

Tintirirín... ¡música celestial para mis oídos! Y, a continuación, el silencio más absoluto. Bajé la mirada a sus labios y me fui acercando lentamente a ellos. Pedro hizo lo mismo y me agarró con suavidad por la nuca mientras nos dimos aquel largo beso. Nuestro primer beso.

Al día siguiente debíamos marcharnos para la aldea del Rocío y yo tenía previsto dejarlo en una residencia canina con muy buena fama que me había recomendado mi tía (ella también tenía un Chow Chow negro monísimo), aunque me daba mucha penita dejarlo allí. Peor todavía en esas condiciones. Una vez más, fue mi prima Reyes quien me sacó del apuro.

—Claro que no me importa, mujer. Yo me hago cargo de él. Si fuese por un mes ya hablaríamos, pero por un par de días... Anda y tira millas. Tú vete tranquila y disfruta.

Y vaya si disfruté, pero de lo lindo, nada de tonterías. El festejo del Rocío tiene fama de eso, de juerga a todas horas con mucho vino, cante y copla. Pero también, para ser justos, hay que hablar de su verdadero fondo; el religioso.

Mi menda lerenda puede dar fe de la enorme devoción que flota en el ambiente por parte de una gran mayoría de los asistentes. Esas lágrimas en los ojos de los rocieros contemplando a su virgen en el santuario no son fingidas. Basta con ver también el cúmulo de gente venida de todas partes, ya sea en peregrinación, en burro o en patinete, encendiendo cirios a todas horas en la sala de velas de la ermita.

De camino, Pedro ya iba advirtiéndome de todas aquellas cosas. Le hizo mucha gracia, cuando pasó a buscarme por casa, saber que pensaba vestirme de flamenca, más que nada, porque no me imaginaba ataviada de aquella forma, según él. Y no me extrañaba. La mitad de las veces me había visto con la toga por lo alto, la mar de negra yo como una cucaracha.

Llevaba mi traje cubierto por una bolsa de tela oscura, de esas con cremallera. Y de no ser porque el paquetón daba el cante total, ni le habría dicho nada. Tampoco él me había contado que pensaba vestirse el sábado con traje corto y sombrero de ala ancha, fajín y botas camperas para completar el atuendo.

Caímos al anochecer en aquel rinconcito onubense, por mucho que quisimos adelantar, saltándonos incluso el almuerzo en Madrid aquel viernes. Entre que dejamos a Cuco en casa de Reyes y Arturo y la caravana de salida, se nos fue un buen rato. Además, el caminito era

largo: seiscientos kilómetros.

Para entonces, ya habían llegado todas las hermandades rocieras y aquello era un hervidero de gente impresionante. No solo el interior de la aldea. Los alrededores también estaban a rebosar de personas de todas las edades, casi todas, vestida para la ocasión. Pedro aparcó como pudo en un terraplén inmenso a las afueras, cerca de una gasolinera. Sacamos las cosas del coche y nos encaminamos a esa casa donde nos esperaban sus amigos.

No consintió que yo cargase con mi flamante vestido de volantes. Aquel bulto pesaba más que un muerto. Cogió con un dedo el gancho de la percha que sobresalía por el agujerito de arriba de la bolsa y se la echó a las espaldas. Él llevaba su ropa en un maletín con ruedas y yo llevaba la mía en otro, solo que dieciocho veces más grande.

Es una exageración, lo sé, pero que nada que ver el suyo con el mío. Aparentes somos las mujeres para estas cosas. Cada vez que nos movemos tenemos que ir con los baúles de la Piquer por delante.

El olor de las hamburguesas y perritos calientes, procedentes de algún que otro puesto ambulante a pie de carretera, se metía por la nariz que daba gusto; puestos a la entrada del barrio de las gallinas, como llaman a aquella zona frente a la aldea, por lo que me dijo Pedro.

—Estoy flipando, te lo juro. Todo esto me recuerda a las ferias.

—¿Ferias? —me preguntó asombrado. —Qué calladito te lo tenías. No sabía que te gustaban.

—Tú sabes, hace por lo menos mil años que no pongo los pies en ninguna, pero mis padres nos llevaron un par de veces, de niños, a Pablo y a mí. Estuvimos una vez en la de Sevilla y otra en la de Jerez.

Más fliparía luego con la casa. ¡Menos mal que era “pequeña”! Aquella vivienda tenía más metros que la Moncloa. Y bien aprovechados, porque en los dormitorios estaban ahí metidas las literas con calzador.

Su gente ya estaba cenando en el porchecito cuando llegamos, en torno a una gran mesa con mantel de papel. Aaay, pupai, qué hambre tenía ya. Normal. Solo llevaba en el cuerpo un triste café con un bizcochito que tomamos en un área de servicio a mitad de camino.

Pedro había insistido en que comiese algo más, pero no me apeteció entonces. Aquí la señorita Leire Guzmán estaba como loca por llegar, y es que la carretera de noche no me gusta mucho, me da un poco de yuyu. Muchos dirán que vaya personaje estoy hecha entre unas cosas y otras, pero es lo que hay. Cada uno es como es.

—¡Niñoooooooooo! Por fin te ven mis ojos, ¡qué alegría! —le dijo una rubia tirándose a su cuello—. Y qué bien acompañado te veo...

Menos mal que lo arregló enseguida, porque a esta que está aquí no le hizo mucha gracia tanta efusividad por parte de aquella pedazo de Barbie enfundada en un elegantísimo traje flamenco en tonos marrones. Mal pensada que fui, porque la chica resultó ser María, una de las hermanas de él.

Pedro me presentó al resto. Entramos a dejar nuestros bártulos y luego nos sentamos del tirón a cenar con ellos. Me puse ciega de tortillitas de camarones, jamón, chicharrones y queso, en medio de aquel grupito con tan buen rollo. Los vasos de cerveza y de rebujito iban y venían.

Mira que yo no soy de beber, pero los rebujitos esos estaban buenísimos, así que me metí

varios en el cuerpo y terminé dando palmas como los demás. ¡Chao, corte mío! Antonio, un colega de Pedro, era el que llevaba la voz cantante, nunca mejor dicho, porque fue él quien básicamente cantó todo el tiempo por sevillanas hasta desgañitarse, que diría mi prima Reyes. Me acordaba de ella. Esa también hubiese disfrutado como un cochino en un charco estando allí.

—¿Qué, te animas? —me preguntó Pedro en un momento dado.

—¿Yo? ¿A qué?

—A marcarte unas sevillanitas con estos—señaló con un gesto de cabeza a las dos parejillas que bailoteaban.

—Ay, por favor, yo no tengo ni idea. ¿Tú sí?

—Ni falta que hace, mujer. —intervino María, que se estaba coscando de todo. — ¿Tú no traías un traje? Venga, que ya es hora de airearlo un poco.

A las dos de la mañana me tuve que dar un duchazo rápido para ponérmelo, señores. María, que me ayudó a colocarme las flores (yo soy un pato mareado para estas cosas), se quedó fría al verlo.

—¡Qué pasada, chica! Es una preciosidad—decía pasando las yemas de los dedos por los brillantes flecos del escote.

—Gracias. Mi buen dinerillo me ha costado también, pero bueno, creo que ha merecido la pena.

La mereció, vaya que sí. Solo con la mirada que me dedicó Pedro al verme salir ya lo había amortizado.

—Estás impresionantemente guapa —me soltó al oído al terminar de bailar la primera sevillana, agarrándome por la cintura.

Eso de “bailar” es un decir, porque esta que habla, más que bailar, debía estar dando dando tal espectáculo con su ignorancia y sosura que agradeció que no asomasen la cabeza por allí los Morancos. Si me llegan a ver, fijo que salgo esa Nochebuena en un sketch de los suyos, ¡ay, omaíta!

Al cabo de un par de horas más o menos, Pedro me dijo de dar una vuelta por el pueblo. Agradecí la oportunidad de poder apartarme un poco del meollo, no por la gente en sí, que, como ya he señalado, era fantástica, sino por tomar un poco de aire fresco, y es que me estaba cociendo viva. Muriéndome a chorros, como canta la Pantoja, esa que tanto le gusta también a mi prima Reyes.

En serio; hacía un calor horripilante aquella noche de finales de mayo y yo sudaba por los cuatro costados, si bien esa noche fue la que marcó verdaderamente el comienzo oficial de nuestra preciosa historia de amor.

Cogidos por la cintura, fuimos paseando por las calles enfangadas de tan animado pueblecito y al final acabamos comiéndonos los morros como dos quinceañeros, apostados en la pared de la cuadra de un cortijo, en una zona poco iluminada. El fuego ya estaba encendido.

Cuando volvimos a casa, la mayoría de los chicos debían andar durmiendo, pues solo quedaban cuatro fuera, entre ellos María.

—¿Un trago? —nos ofreció.

—Por mí, no, gracias.

—A mí tampoco me apetece —le dijo Pedro —Estoy cansado del viaje, así que voy a darme una buena ducha y me acuesto a la voz de ya.

—Vale, por cierto, te he dejado la maleta en la habitación de Leire.
¿En la habitación de Leire? Pensé que tendría acompañantes, y no un cuarto para mí sola...

Capítulo 9



Ya me imaginaba yo a la bestia parda de mi queridísima Reyes preguntándome a la vuelta que cómo eran esos famosos polvos del Camino... En el mismo Camino vive Dios que no sería, pero en lo tocante a las paredes de aquel dormitorio...

Ay, si las paredes hablasen... Hay unas sevillanas que vienen a decir *que “la luna fue testigo de lo que hice con ella...”*

Con ella no sé lo qué haría quien la canta, pero lo que hizo mi Pedro conmigo, eso no se me olvidará mientras viva...

La luna fue testigo también en cierto modo, porque el amplio ventanal que abrió dejaba pasar su luz. Y es que calor hacía allí para dar y regalar, una auténtica barbaridad, pero encima nosotros estábamos que parecía que íbamos a entrar en combustión espontánea en cualquier momento, señores... ¡Ahí es nada!

Llegamos al dormitorio con unas ganas de jolgorio que no eran normales, primero me había dado una ducha yo y pensé otra vez en Reyes, no al darme la ducha, que no vaya a parecer esto un poco rarito, sino al salir...

A ver, que una tampoco es una pazguata de libro, pero no lo iba a esperar como si fuera una Mata hari al uso, ¡qué vergüenza!

A lo que me estoy refiriendo es a que yo pensaba que lo que tuviera que surgir que surgiera, pero no con un descaro total, sino de la forma más natural del mundo, aunque quizás mi naturalidad pudiera ser demasiada...

—¿Esa no es la patita Daisy? —me preguntó Pedro cuando salió reguapo y perfumado de la ducha.

—La misma que viste y calza...

Puedo jurar que casi escuché sus pensamientos... Va, no, solo los imaginé, pero es que los llevaba en la frente tipo “a la que me voy a calzar yo es a ti”. Qué malilla, mi particular rociero que, por cierto, estaba sembradito como las flores, no hubiera soltado por la boca tamaña cosa así de buenas a primeras. Quizás con el tiempo, como nos pasa a todos en las cuestiones de alcoba, se le fuera soltando el pico, pero no entonces...

—Ven aquí, anda...

Fue muy amoroso, todavía se me ponen los vellos como escarpas cuando me acuerdo. Digamos que el piquito de la patita en cuestión también ayudó, porque él empezó a acariciarlo como si no hubiera un mañana, con mimo y delicadeza totales...

—Ay, Daisy, Daisy, ¿qué voy a hacer yo contigo? —le preguntaba mientras yo jugaba a poner los mismos ojitos amorosos de ella.

No me costaba demasiado, para qué decir lo contrario. Aquel tunante debía llevar un arco

escondido por algún sitio, ya que me había ensartado a la primera. No, no hablo de sexo... que eso todavía estaba por ocurrir aquella noche; hablo del flechazo certero que me dio en pleno corazón en aquellos días.

Nunca hubiera pensado que mi primera vez con él fuera a ser en plena romería del Rocío. Yo creía que esas cosas le pegaban a Reyes, no a mí; pero lo dicho, *“las vueltas que da la vida...”*, como dice la canción. Y sí que las daba, porque de las dos primas era “la pavisosa” (como ella me llamaba tantas veces con todo el cariño y la guasa del mundo) la que estaba en tan icónico y saleroso lugar presta a probar las mieles del amor...

¿Cómo resumir lo que allí ocurrió? Pues muy sencillo; que Pedro pasó del piquito de Daisy al mío, depositando en él una serie de cariñosos besos que sirvieron de cálido prolegómeno a lo que venía en camino.

Estaba yo terminando de recibir tan deleitosa ración de besos cuando hizo que subiera los brazos para mandar a tomar vientos a la patita Daisy y a la tela que la rodeaba, dejándome solo con mi cuco sujetador y los pantalones pirata que servían de parte inferior de aquel simpático pijama.

Creo que no he dicho que mi Pedro salió de la ducha con una camiseta blanca de algodón, de esas muy estrechas con la que estaba que lo petaba. Y no... no es que de cintura para abajo viniera como su madre lo echó al mundo, que también traía unos pantalones de deporte negro, de esos cortitos de running, a través de los cuales se notaba que la anaconda con la que la madre naturaleza lo había provisto comenzaba a cobrar vida.

Sí, sí, a cobrar vida, lo tuve claro cuando “el bicho” quiso ponerse de pie, pues la tela trataba de impedirlo, pero allí se estaba formando una caseta de campaña de mucha categoría.

—No sé ni por dónde empezar, preciosa mía, no puedes ser más bonita —me decía al oído y yo rezaba al cielo porque se decidiera pronto, que no sabía si iba a poder soportar mucho tiempo más la fusión del calor exterior con el que yo estaba sintiendo dentro.

—No puedes ser más bonito—repliqué yo porque era lo único que me salía del alma en aquel momento. Eso y, en todo caso, un “vámonos que nos vamos” que no le hubiera dicho ni muerta, pues no era plan de meterle prisa al chaval en un momento tan espectacular de nuestras existencias...

Obvio que sí sabía por dónde seguir y lo hizo por mis senos... Pero antes tomó aire porque su sola visión, una vez que retiró con bastante tino, por cierto, el sujetador, lo dejó obnubilado.

—Mira que me los había imaginado veces, pero la realidad supera todas las expectativas...

—Así da gusto, mi vida —le susurré al oído, refiriéndome a sus palabras, pero también al modo en el que comenzaba a tocarlos, con total suavidad, por no hablar de cuando sus dedos dejaron paso a su lengua y ahí ya me demostró que aquella estaba destinada a hacerme rozar el cielo.

La extrema humedad que sentí entonces en mi cavidad inferior me dio la pista de que esa noche iba a ser gloriosa y él no tardó en percatarse de ella. Para cuando quise venir a darme cuenta, ya había retirado aquellos pantaloncillos, exponiéndome ante él con aquel sexy tanga que hacía juego con mi sujetador.

—Sugerencia en estado puro, me muero.

Su gesto pudo hacer que la humedad aumentase, ya que estuve a un tris de hacerme pis encima. Pedro tenía unas cosas que eran para morir de la risa y simuló que se daba un tiro

en la sien por lo buena que yo estaba (según sus palabras), cayendo bizco hacia el lado.

Por suerte, no llegó la sangre al río y pude aguantar, pero cuando “volvió en sí”, lo hizo con las pilas cargadas a tope y entonces sí que experimenté cuánto podía dar de sí su lengua. Y es que mi entrepierna fue la feliz destinataria de unas caricias bucales que me prepararon para recibir una embestida que ya apuntaba maneras.

A todo esto, fui yo quien retiré su ropa, dejándole en bóxer. Enseguida me percaté de que hacerlo podía considerarse deporte de riesgo, ya que me pudo sacar un ojo si a alguno de sus prominentes abdominales les da por adelantarse un poquillo más, ¿cómo leñes se podía estar tan requetebueno?

Nada, suerte que tenía una, y allí que el universo le había puesto por delante un delicioso bombón para degustar a placer...

Claro está que, para eso, tendría que poder erguirme un poco e iba a estar francamente complicado... No tanto porque él llevara las riendas de la situación en ese instante (que también) sino porque a ver quién era la guapa que tenía narices de renunciar al gustirrinín que aquella lengua le estaba proporcionando...

Claro está que la aludida anaconda estaba ya al acecho. Seguro que mi prima hubiera dicho que esa era una bicha de las que pululan por el campo. Y claro, como estábamos de romería, allí estaba el animalito a ver en qué agujero se metía.

En el mío sin duda porque, madre del amor hermoso, lo que dio de sí. Para cuando llegué a la cima del placer y Pedro la situó en lo que viene siendo la entrada de mi cueva, no solo comprobé que estaba vivita y coleando, sino que le habían dado unos cuantos Petit suisse de más, porque aquella había crecido de lo lindo.

—Cualquier cosa me dices—murmuró en mi oído en referencia a que no pretendía hacerme daño.

—Tranquilo —le contesté mientras enfilaba sus ojos con los míos, pensando que era imposible que semejante miembro diera otra cosa que no fuera placer.

No andaba yo desencaminada, pues un placer irrefrenable fue el que recibí aquella noche y no una, sino dos y hasta tres veces...

Al amanecer caímos rendidos... Nos quedaba un día de tambores rocieros por delante que también iba a ser de órdago, de modo que más nos valía que durmiéramos un poco. Descubrí un lugar excelente para hacerlo; su pecho, un pecho que comenzaba a latir a toda pastilla al compás del mío.

¿Y qué decir del resto del fin de semana? Poca cosa más que la de que fue de cuento. Durante el sábado y la mañana del domingo descubrí que la famosa hospitalidad de la célebre aldea no es una leyenda urbana. De la mano de Pedro, recorrí una a una las casetas aledañas. Según me contó, muchos de sus “vecinos” repetían también alquiler de casa año tras año, por lo que todos se conocían.

Yo iba con mi uniforme oficial, aquel vestido que con tanta ilusión me había comprado para la ocasión y que no fue óbice para que...

—Pedro, ¿tú no has montado a esta muñeca en caballo? —le preguntó un conocido suyo mientras nos ofrecía un vinito fino en el porche de su casa.

—No, ¿me dejas el tuyo o qué?

Pedro me miró y yo me encogí de hombros. ¿Montar en caballo? No lo hubiera pensado en la vida. Hombre, de ser sola, todavía me hubieran entrado sudores fríos, pues el tamaño de los equinos le da a servidora cierto respeto, pero con él la cosa cambiaba.

—Preciosa mía, vas a flipar, aquí Manolo tiene un caballo que es la envidia de todo el Rocío, ya verás las fotos tan chulas que vas a tener.

—Pero tú conmigo, ¿eh? No vaya a ser que el animalito eche a correr y la flor esta que me ha puesto María en el pelo llegue directa a Pernambuco sin mandarla por SEUR ni por nada.

—Yo contigo, yo contigo, claro, que a esa flor no puede faltarle de naíta en el mundo, mi niña...

Ains si es que yo no he visto en el mundo un sitio con mejor onda que aquel, allí cada experiencia se hacía mágica. Si el jodío del genio de la lámpara de Aladin se hubiera dejado caer por allí provisto de un sombrero de ala ancha, yo solo le hubiera pedido un deseo, ¡que parara las manecillas del reloj!

Siendo sincera, lo mismo le pedía dos, y es que un poquillo más de gracia para darle a los bailecillos tampoco me hubiera venido mal. Pero oye, un poco sosa y todo, tenía a Pedro bebiendo los vientos por mí, así que tampoco tenía queja.

Pero no... el genio debía estar en otro sarao, ya que por el Rocío no se dejó caer, y llegó el domingo al mediodía y la vuelta se vislumbraba como una amenaza en el ambiente.

—Con lo a gustito que me hubiera quedado yo en la aldea una o dos semanitas más —le confesé con morriña cuando íbamos contando los kilómetros que quedaban para llegar a casa.

En la galería de mi móvil, centenares de fotos para el recuerdo. Entre ellas destacaban las de aquel paseo en caballo durante el que me sentí la más dichosa de las mortales agarrada a mi Pedro. Claro está que eso fue cuando le perdí un poco el miedo, que en las primeras tenía una cara de miedo que parecía que estaba esperando al primo hermano de Drácula en una noche de truenos.

En mi retina, centenares de vivencias que estaba decidida a que permanecieran allí... Unas vivencias únicas que incluían nuestros primeros encuentros carnales. Jamás podría olvidarlos; en Pedro había encontrado un compañero de vida, eso es lo que sentía. Y, para colmo, un compañero que hacía que mis piernas temblaran con solo mirarlo.

Capítulo 10



Anda que no se reía nada Reyes cuando le enseñé las fotos un par de días después en aquella cafetería.

—Se te iba a ir con las narices, ¿tú has visto cómo lo tenías agarrado? Anda que no he visto una cosa igual en mi vida, parecías una bomba lapa.

—Ya, claro, para ti es muy fácil decirlo, no veas si era grande el caballo, prima. —Miré y tenía razón, el pobre Pedro debió sentirse asfixiado durante nuestro paseo.

—Caballo grande, ande o no ande, eso es lo que dicen. Y hablando de eso, ¿cómo está equipado tu mozo? Que todavía no has abierto el pico de eso.

—Pero vamos a ver, si nos acabamos de sentar, vamos que, según tú, te lo debí gritar desde la esquina cuando te vi venir.

—Más o menos. O eso o haberme enviado un wasap informativo según acabara la primera faena...

—Claro, como que te crees tú que a la primera faena no le siguió una segunda y a la segunda...

—Eso, eso es una faena de esas de cortar oreja y rabo... No, mejor no, en todo caso que le corten las orejas, pero el rabo es tuyo.

—¡Calla, cacho burra!

Por un momento me imaginé a mi pobre Pedro sin orejas y me tronché. Igual él hubiera estado hasta contento porque a veces le daba por la tontería de decir que las tenía un poco de soplillo, cuando de la graná ni un grano. Que no, hombre, que las tenía perfectas...

—Sí, claro, ahora vas a decir que se te puede coger por ellas como si fueras una paellera— solía comentarle yo y él también se doblaba en dos de risa.

Desde que había vuelto del Rocío lo nuestro era un idilio ya oficial. Tanto es así que yo estaba disfrutando de ese entortamiento inicial que acompaña al enamoramiento.

Sí, ¿quién no sabe de lo que estoy hablando? Pues de ese entortamiento que es cosa fina y que la deja a una un poco fuera de combate durante una temporada.

Se lo conté a Reyes y ella asintió.

—No te preocupes, que ese solo dura unos meses, y menos mal, ¡porque es como una enfermedad!

Ella decía muchos disparates a veces, pero en eso tenía todita la razón. Yo llevaba unos días que no podía pensar más que en mi Pedro, y es que estaba que no daba pie con bola.

—Señora Guzmán, ¿está usted bien? —me había preguntado aquella mañana Adelaida, una de las tramitadoras judiciales que me había puesto un expediente encima de la mesa.

—Sí, Adelaida, ¿por qué?

—Es que lo que pone en la portada es “causa con preso” no con peso...

Acabáramos, yo acababa de cogerlo y le había dicho que no, que tampoco pesaba tanto. ¿Cómo era posible?

Las dos nos echamos unas buenas risas, me refiero a Adelaida y a mí... En cuanto a lo que me reí con Reyes, para qué. De los pocos datos que le di dedujo que Pedro y yo nos lo habíamos pasado sensacional en la cama y ya fue un no parar de decir disparates.

—Prima, no veas el peso que me has quitado de encima —me decía sin poder parar de reír cuando comenzó a mordisquear su tostada.

—¿Y eso? ¿Por qué estabas preocupada ahora?

—¿Te parece poco? Por las telarañas que te iban a salir allí abajo como no le pusieras enmienda a la cosa, qué preocupación, hija de mi alma.

—¿Tú eres siempre la misma, petarda?

—No, si te parece soy una cada día, con lo complicadito que me es soportarme a diario como para que encima tuviera personalidad múltiple. ¿Tú te imaginas? Toda la comunidad científica investigando sobre tus telarañas, podrías haberte convertido en un fenómeno médico.

—Un fenómeno eres tú, pero de la naturaleza... qué tranquila debió quedarse la tita el día que te echó al mundo, guapa...

—Y satisfecha, y satisfecha, que no todo el mundo puede presumir de haber hecho una contribución igual a la humanidad.

Cuando Reyes hablaba subía el pan y bajaba el vino.

—Pues esta mañana he estado de guardia de calabozos, no te imaginas lo que se ve allí, menudas contribuciones a la humanidad también. —Cambié un poco el tercio porque la conocía y, de otro modo, mi vida sexual con Pedro se iba a convertir en la estrella del encuentro.

—Cuenta, cuenta, que yo con esas cosas es que me meo de risa...

—Pero tú te pones luego una cremallerita en la boca, ¿eh? Que se supone que una no puede hablar de estas cosas.

—Me cachis... Y yo que iba a ir corriendo ahora a ofrecer la información en primicia para distintos medios, no sabía por cuál comenzar.

—Calla, anda. Pues nada, los que mejor bailaban han sido una parejita de ingleses que se han ido con todo el descaro sin pagar de un hotel de lujo, como te lo cuento.

—O sea, que se lo han montado a tutiplén y luego se han ido por la puerta de atrás. Y encima los muy cabroncetes se habrán llevado hasta los albornoces...

—Pues sí, no es coña, hasta eso... Menudo pufo, los del hotel están que trinan porque la cuenta que han dejado no se la salta un galgo. Menudos niñatos, y no te creas que estaban afectados ni nada, no... de lo más tranquilos he visto a los tortolitos. Ni veinte años tenían las criaturitas, embriones de estafador vamos... Así es la gente.

—Y no creo ni que les vaya a pasar nada, ¿no?

—Pues seguramente no. Que ya andan libres por la calle y esos ya mismo se cogen un avión y se plantan en Londres y si te he visto, no me acuerdo.

—Joder, pues yo también quiero viajar así, se lo voy a decir a Arturo, a ver qué le parece...

A Arturo dices, una hartura eres tú... Ni se te ocurra en la vida, ¿eh? Que esas cosas solo pasan aquí, te cogen en un país extranjero haciendo eso y se te cae el pelo.

—Ya imagino que en una cárcel de esas no se vive una pasión turca precisamente. Que eso queda para Ana Belén.

—Sí, y anda que tuvo un final feliz también...

Yo siempre imaginé que mi trabajo me iba a gustar, pero jamás pensé que tanto. Lo cierto es que cuando entraba en el juzgado, las horas se me pasaban volando y trataba de sacarles el máximo partido.

Claro está que tampoco era fruto de la casualidad porque yo había elegido el orden penal, que era en el que más caña se daba. Me gustaba estar en primera línea de combate y los juicios me generaban una adrenalina que para qué.

Mordisqueaba también mi tostada cuando me llegó un mensaje de Pedro con foto.

—¡Qué lindo! Mira. —Se lo enseñé a Reyes.

—Ole la madre que lo parió, esos detalles son los que me llenan a mí.

—No te quejes que Arturo también tiene muchos.

—Eso es verdad, pero yo le hago ver que necesito más para que no se confíe, que los tíos después se acomodan. Y de eso nada que a mí, cuando se me acomodan, ya me entra la mala leche...

Así era ella. Yo seguía feliz de la vida mirando el mensaje con la foto de aquellas dos entradas para el concierto de Amaral.

Comencé a canturrear “Sin ti no soy nada”, una canción que mi chico sabía que era súper especial para mí y la razón de que hubiera sacado aquellas entradas.

Mi prima se unió sobre la marcha “*una gota de lluvia mojando mi cama...*” y la puñetera tenía tanto arte que empezó a animar a una mesa de chicas que teníamos al lado y que también se unió al canto. Y después a otra de chicos que se nos quedaron mirando, ¡y a cantar también!

Se lio una que el camarero nos terminó por decir que estábamos invitadas las dos, de parte del dueño, y que clientes así daban gusto.

Conté las horas para reunirme con Pedro aquel día...

—Me has dado una sorpresa de aúpa, cariño, estoy entusiasmada.

—Yo sí que me entusiasmo cuando te veo —me contestó comenzando a besarme como un loco.

Habíamos quedado para cenar y le conté por qué aquella canción era tan importante para mí.

—Es que no veas, estaba yo esperando que saliera la última nota de la carrera, mirando por Internet cada cinco segundos, cuando por fin salió... ¡Ya era licenciada! En ese momento sonaba esa canción y pensé que siempre me iba a traer suerte y así ha sido, a los hechos me remito.

—Claro, y tendrías tú miedo de no aprobar, seguro que tenías un cinco raspado.

—No te metas conmigo, anda, no seas malo...

—Si es que tú siempre has tenido que ser una empollona que no veas, un ratoncillo de esos de biblioteca que...

—Tú sigue así que te como el bigote —le aseguré cuando puso aquella cara tan graciosa de ratoncillo.

Claro está que el bigote y el resto nos lo comimos aquella noche porque desde el Rocío nos habíamos hecho inseparables. Fue terminar de cenar y directos para el catre, pues el ambiente fue subiendo de temperatura y ni a los postres quisimos esperar.

El viernes me arreglé a conciencia para el concierto, con mi falda de volantitos color camel que era una auténtica monería. Pedro siempre decía que mis “torneadas” piernas, como él

las definía, eran dignas de exhibición y, si mi chico lo decía, ¿quién era yo para contradecirlo?

Eso sí, en lo que no estaba dispuesta a hacer el tonto, ni un poquillo, era en el tema de los zapatos. Bien lo decía mi abuela “Leire, no hay nada que descomponga más la cara de una mujer que unos zapatos que duelan”.

Recuerdo que yo, que era una listilla, cuando le escuchaba decir eso de pequeñaja le soltaba que lo que dolían era los pies y no los zapatos.

—Hija de mi vida que no das puntada sin hilo, tú te agarras a un pelo, vas a ser juez —me decía ya por aquel entonces mi abuela Matilde.

Y pensándolo estuve hasta el último momento, porque las oposiciones de jueces y fiscales son las mismas. Ahora bien, si sacas un buen número, como era mi caso, puedes elegir puesto y a mí el de fiscal terminó por tirarme más, entre otras cosas porque era más cañero.

Total, que ya me he vuelto a ir por las ramas (complejo de Jane la de Tarzán que tiene una), que yo no iba a permitir que un dolor de pies me aguara la fiesta. Nanai de la China. Por esa razón opté por ponerme unas monísimas botas que tenía, del mismo color que la falda, con un taconcito bajo y cuadrado, de lo más cómodas.

Qué buena decisión tomé, porque, cuando los acordes de mi canción de la suerte y la del resto del repertorio sonaron, mis pies no dejaron de bailar... Lo hicieron al lado de los de Pedro, que no cesaba de mirarme embobado.

—Te las sabes todas, qué fuerte —me decía a gritos para intentar que le escuchara entre la muchedumbre.

—Toditas, todas...— Yo estaba eufórica, ¿se podía tener más suerte?

Mi grupo favorito tocando, mi chico a mi lado, nuestros pies que no podían dejar de bailar como por arte de birlibirloque y todo un fin de semana por delante... ¡Aquello era mágico!

Capítulo 11



Tres semanas después Pedro estaba prácticamente instalado en mi casa. Sí, sé que puede sonar fuerte, pero es que, cuando las cosas van bien, se ve de lejos y lo nuestro iba viento en popa a toda vela, cual velero bergantín.

—Ni se te ocurra gastarte un dineral para mi cumple, que te veo venir —le advertí durante la siesta.

Pocos días faltaban para mi cumple y era cierto, él lo había pensado, pero ¿cómo demonios lo sabía yo? Eso es lo que se estaba preguntando.

—¿Por qué lo dices, amor?

—Porque lo has pensado y lo sabes, ratón. —Me dio un chipilín en la nariz y se quedó pensando.

Una de mis aficiones era la de coleccionar relojes. Tenía muchos preciosos y, además, no precisamente baratos. Él sabía que estaba por salir un modelo que costaba un ojo de la cara y parte del otro, pero que me hacía una ilusión tremenda.

—No, no, ahora ya lo tienes que soltar, guapa...

—Te recuerdo que estás hablando con una fiscal y que no se me va ni una. —Le sonreí con un poquillo de maldad.

—Es que a veces hasta me das miedo, me pillas en todo. —Me devolvió la sonrisilla.

—Muy sencillo, te has dejado el historial abierto y he visto que estás a la caza del reloj.

—Desde luego, eso me pasa por despistado. Menos mal que no te he mentado en nada, solo que he estado olisqueando.

—Tranqui que yo sé que las mentiras no van contigo, por esa parte estoy totalmente tranquila.

Me acarició el moflete, no sin antes darme una buena ristra de besos.

—Ea, pues ya me has pillado, ahora tendré que comerme el tarro a saco otra vez. Déjeme en libertad esta tarde, señora fiscal, que tengo una buena faena por delante.

Me quedé a solas, pensé en llamar a Reyes y, ¡bingo! La pillé saliente de guardia.

—Con más sueño voy a ir que un canasto de gatitos, joía, pero venga. Eso sí, a mí me dejás de cafelitos ni de mariconadas de esas, a mí me invitás a un buen helado de esos con todos los siropes y hasta con gominolas. Ya se me está haciendo la boca agua.

—Va, de acuerdo, podemos ir al centro comercial y así, de paso, me compro algo de ropa interior, que falta me hace.

—Querrás decir sexy, ¿no? Porque al saber la ensarta de antiguallas que tenías tú en el cajón, hasta con bragas de cuello vuelto debe haberte visto el muchacho.

¿Era para mandarla a “jaser” puñetas o no?

—Jo, que tampoco es eso, lo que pasa es que sí pueden resultar un poco cándidas y yo

ahora no quiero eso. Tú ya me entiendes.

—¿No te voy a entender? Tú ahora lo tienes que poner como una moto, que sea mirarte y rugir y que pase de cero a cien en un segundo.

—De cero a cien en un segundo pasas tú, prima, qué vitalidad tienes, menos mal que estás sin dormir y sin nada.

Nos fuimos al centro comercial y allí casi que tengo que comprar pañales en lugar de ropa interior, que con mi prima había que morir.

—¿Pues no me dice la tía que mande que le pongan la epidural o me coge por el gznate?

—¿Qué dices? ¿Te ha amenazado?

Allá que estaba ella contándome el parto que acababa de atender antes de salir de su guardia.

—Hombre si me ha amenazado, pero a quien de verdad ha amenazado ha sido a las leyes de la física, porque no sabes el gremlin que ha echado al mundo...

—¿Cómo el gremlin? Prima, por Dios, cómo puedes hablar así de la criaturita, ¿no te da pena?

—Claro que me ha dado pena, ¿pues no te estoy diciendo que era feo con avaricia? Pero precisamente por eso no lo he ahogado en un cubo.

—Menos mal que se supone que los médicos debéis serlo por vocación —le decía yo mientras con el dorso de la mano borraba las lágrimas que me rodaban por las mejillas.

Me había pasado de toda la vida de Dios, con ella hacía risoterapia.

—¿Y cómo es que le has dado la tarde libre al mozo? Últimamente no os separáis, me preguntó cómo lo hacéis cuando vais al baño.

—Muy graciosa —me quejé mientras ella hacía como si Pedro y yo fuésemos siameses.

—Si es que es verdad, no hay manera de cogerte, parece que tienes la agenda de un ministro...

—Anda ya, no digas sandeces. Bueno, que sí, que hoy le he dado la tarde libre porque le he jorobado la sorpresa de mi cumple y ahora le tiene que estar dando otra vez a la máquina de pensar, y eso ya sabes que a los hombres se les da regulín.

—Regulín por no decir fatal, ¿y eso? ¿Ya has metido tus narices de fiscal en sus cosas?

—Prometo que ha sido sin pretenderlo, lo prometo. Es que he visto el historial del ordenador y...

—Te lo digo, eso de tener un ordenador compartido en casa es más peligroso que un mono con dos pistolas. ¿Te acuerdas cuando me cosqué de que Arturo había estado viendo porno en una de mis guardias?

—¿No me voy a acordar? Si no lo sometiste a un consejo de guerra de milagro.

—Pues eso es lo que hay que después...

—Ya, ya, que se acomodan, ya lo sé. No, tú tranqui, que tú no dejas que eso ocurra, tú le das un buen chillido en cuando se encarta y lo pones en órbita.

—Así es, como está mandado...

—Pues nada, vamos a por ese helado y te cuento cómo surgió el otro día lo de conocer a mis padres.

—Eso, eso, qué arte mis titos, que están que no cagan con su yerno.

—Es verdad, les cayó genial, pero es que el que vale, vale.

—Y el que no para Empresariales, o para Economía, como el tuyo, que viene a ser tres cuartos de lo mismo.

—Calla, que no hay quien te cuente las cosas.

—Sí, sí, que tú eres muda y tampoco te gusta hablar. Por cierto, ¿te imaginas que ahora lo vemos por aquí y le jorobas lo del regalo otra vez?

—No creo, pero sería la monda lironda. Aunque a Pedro no le gustan mucho los centros comerciales, más me lo imagino por el centro, mirando escaparates y tomándose un cafelito entre medias.

—Ok, ok, pues desembucha del encuentro familiar, corre.

—Nada, que resulta que el sábado me quise alisar el pelo y, ¿te acuerdas del apagón ese que te dije que hubo en mi zona la semana pasada?

—Sí, ese que salió hasta en la prensa.

—Correcto, pues nada que me pilló con las planchas enchufadas y las dejó de pena, que no encendían ni de coña. Y yo no me había dado cuenta hasta que las volví a necesitar.

—Ya, es lo que pasa...

—Total, que me acordé de que tenía todavía las viejas en casa de mis padres y les dije que iba a por ellas. Pedro se ofreció a llevarme y me quedé un poco así pillada, pues creía que la ocasión merecía un encuentro un poco más formal, tú sabes... Pero me dio cosa decirle que no, tampoco era plan de que creyera que no quería que conociera a mis padres.

—Sí, chica, que tampoco para eso hace falta organizar un ágape real, que eres más cumplida que un luto, joé.

—No serías tú si no dijeras la última palabra, como el apuntador.

—Sigue, sigue, que te enrollas mucho, anda.

—No, si encima me vas a crear hasta complejo de persiana, ¿te quieres callar ya un poquito? Pues nada, que llegamos y, al llamar a la puerta, ya vi yo que de la cocina de mi madre salía un olorcito a croquetas que daba gloria.

—Anda que no, las croquetas de la tita tienen fama internacional, por lo menos...

—Ya, así que después de presentárselo a mis padres, Pedro le hizo el cumplido de que olía muy bien y ya sabes cómo es mi madre.

—Sí, me imagino que antes de que terminara de decirlo ya tenía puesta mesa para cuatro...

—Exacto y allá que nos sentamos todos a cenar, sin comerlo y sin beberlo.

—Pues me parece fenomenal, que lo vuestro va a toda leche y los titos se habrán quedado como perro al que le quitan pulgas después de ver que el chaval es un encanto.

—Sí, que con el precedente que hemos tenido mi madre siempre me decía que estaba “con las carnes abiertas” hasta que no lo vieran sus ojos.

—Es que mi tita es la bomba y te tienes que partir con sus expresiones.

—Mira tú quién fue a hablar, como que tú no las tienes...

En mi familia no nos aburríamos, esa era la realidad, entre unos y otros siempre me tenían distraídos. Y en Reyes tenía una confidente de primera, yo no podía imaginar mi vida sin ella.

—Espera, espera, que me voy a quedar con el camarero —me indicó cuando nos trajeron las dos tarrinas de helado que decían “cómeme”.

—Ay, Dios, Reyes que te temo...

—Calla, leñes...

—Mirad qué maravilla de helados—nos dijo el chaval, que parecía que venía con ganas de palique. Y como mi prima tampoco tenía ganas de cachondeo, pues eso...

—Oye, ¿tú no tienes bolas? —le preguntó como si tal cosa.

El chaval se quedó con la mandíbula descolgada, no sabiendo muy bien cómo contestar a semejante pregunta que podía sonar a ataque gratuito, que diría Estela Reynolds.

—¿Cómo has dicho?

—Bolas, bolas de helado... Que esto de las tarrinas está muy bien, pero donde se pongan dos buenas bolas que se quite todo lo demás, tú ya me entiendes.

Sí, la estaba entendiendo, pero me miraba a mí como queriendo saber si a ella le faltaba un tornillo o si aquello era una broma, porque mi prima hacía como que sostenía unas buenas bolas en sus manos mientras le daba las oportunas explicaciones.

Por mi parte, yo me hacía la tonta por completo, como si no fuera conmigo y ya el cuadro era completo.

Después de dejarlo un tanto patidifuso, nos hartamos de reír y nos pusimos de helado hasta las cejas, tras lo cual dio comienzo el periplo de la búsqueda de ropa interior.

—Pero vamos a ver, Leire, ¿tú cómo te sientes, más rollo ama sado o Cat Woman?

—¿Qué dices? Yo lo único que quiero es estar sexy, pero que no necesito esas excentricidades. Vamos, andando me veo yo con un látigo en la mano, ni que estuviera yo majara.

—Pues tú te lo pierdes —me soltó y pensé que por Dios prefería que no me diera más detalles, que ella era capaz y capataz.

Llegué a casa con un buen montón de bolsas y, como la Ley de Murphy no falla, mi madre me llamó por teléfono justo en ese momento.

—Mami, espera, que estoy soltando las bolsas, es que he ido con Reyes a comprarme ropita interior, que no andaba muy allá de ella, ¿sabes? Y como ahora estoy con Pedro me hacía mucha ilusión. No veas si he cogido cositas...

—Leire, justo es de Pedro de quien tengo que decirte una cosita, hija.

No hacía falta ser fiscal (por mucho que yo lo fuera) para darse cuenta de que el tono de su voz reflejaba, cuando menos, mucha intranquilidad...

—Dime, mamá, pero yo creí que os había caído muy bien a papá y a ti, suéltalo, anda...

—Y así es, hija, pero es que esta tarde he estado paseando por Preciados y he visto algo que me ha descolocado.

—Mamá, dale, por favor...

—Tú sabes que a mí no se me despinta una cara y que yo a él ya lo conozco...

—Sí, mami, ¿y?

—Leire, no sé cómo decirte esto, hija mía.

—Pues sin anestesia, mami, porfi...

—Ok, pues nada, que lo he visto con una chica en una actitud que me ha desconcertado bastante.

El alma se me cayó a los pies, pero traté de mantener el tipo por si aquello era un malentendido.

—Define “desconcertado”, mamá.

—Pues hija, no es que fueran de la mano ni nada, pero parecía haber una complicidad entre ellos que era extraordinaria. Te digo más, le hizo varias caricias en la cara en el escaso minuto que pude verlos de cerca, claro está que él no me vio a mí, buena soy yo cuando no me interesa que pase algo...

Capítulo 12



Maldije en arameo. ¿Otra vez me iba a ocurrir a mí? Los fantasmas de mi pasado acudieron en ese momento a mi salón como si llevaran años deseando hacerlo. Los veía sonreír, pululando por encima de la alfombra con sus grotescas sonrisas y yo me dediqué a hacerles la peineta uno a uno.

No, si aquellos carajotes habían pensado que bastaba con ponerse unas sábanas blancas por encima para arruinarme a mí la vida la llevaban clara. Por mi madre de mi alma que me daban ganas de coger el matamoscas y ponerlos a todos a caldo... ¿Se podía ser más desgraciados?

Sí, sí que se podía. La más desgraciada del globo me sentía yo, malas puñalás me dieran, como diría Reyes.

Peinetazo imaginario va y peinetazo viene a los fantasmas, me cagué en todo lo que se meneaba unas mil doscientas veces hasta que el sonido del teléfono me sacó de tal estado. Miré la pantalla y sí, era el ponecuernos de turno, el que me había tocado en esa etapa de mi vida, que ya se sabía que lo mío era cíclico, cuando no eran unos cuernos, eran otros...

—Leire, cielo, que estaba yo pensando que si ya has llegado a casa porque quizás si todavía no...

—Pues vaya pensamiento profundo, no te fastidia. —Eso fue lo primero que me salió por la boca y lo solté, así como quien lava y no enjuaga.

—Cariño, ¿te pasa algo? Es que no sé, me da la sensación de que estás rara.

Yo estaba rara y él anormal perdido, pero qué se le iba a hacer.

—Nada, nada, ¿qué me va a pasar? Es más, ¿por qué había de pasarme algo? ¿Quizás porque todos estéis cortados por la misma tijerita y después de metido nada de lo prometido? ¿Puede ser eso, Leire? No sé, no sé, déjame que piense... Pues mira sí, al final va a resultar que es eso...

—Cielo, por Dios que no entiendo ni una palabra de lo que me estás diciendo, ¿tú estás bien?

—¿Bien? No, no estoy bien, pero vamos que no te preocupes... No es que esté mal, es que estoy cojonuda.

Cojonudamente cabreada es lo que estaba, más que una mona a la que le hubieran mangado un plátano, pero no estaba por la labor de decirle el motivo. Total, ¿para qué? Bien sabía él lo que era, otro sinvergüenza rompecorazonas; uno más que añadir a mi lista. Yo debía estar gafada o algo parecido, menudo cenizo tenía en lo alto...

—Mi vida, no tengo ni pajolera idea de lo que te pasa, pero voy para tu casa volando, ya verás cómo sea lo que fuere lo solucionamos en un periquete.

Qué listos eran todos estos cabroncetes, venían, hacían que te comieras las babas de la otra y asunto concluido. No, este se iba a comer un mojón, por mi santa madre que se lo comía... A mí no me iba a ver la jeta y, en lo tocante a escucharme el eco de la voz, esa iba a ser la última vez que le diera tal satisfacción.

—No, no hace falta que vengas, ahórrate el paseo. Por cierto, las cuatro cosas que tienes aquí te las envío por correo, ya si eso.

—Leire, ¿qué dices? ¿De veras no quieres verme?

—Ni en pintura, para más señas. Creo que me he expresado con total claridad, pero si no es así, perdona, me lo dices y te lo digo todavía más clarito.

—Me estás volviendo loco, voy para allá...

—Si vienes, me ahorro la mensajería porque te las tiro encima y santas pascuas, pero te juro que en mi casa no pones un pie.

Le colgué sin más y me quedé más ancha que pancha. Era la primera vez en mi vida que hacía un juramento así, pero lo pensaba cumplir a rajatabla. Si tenía valor, que viniera...

Me senté en el sofá y noté que estaba agotada, hasta el dedo me dolía de las peinetas que había dedicado al personal. No sabía si quedarme o irme, que como aquel gañán apareciera me iba a dar un ataque de nervios como a las mujeres de la famosa peli de Almodóvar.

Pensé en llamar a Reyes, pero ya estaría dormida. Bastante que se había pasado la tarde conmigo. Si a ratos se le cerraban los ojos, parecía china o que estaba conspirando o algo...

No, me dije a mí misma que yo podía con aquello sola. La primera vez me había pillado de pardilla total, pero esta ya era la segunda y no me iba a doler tanto. Por Dios que no lo iba a permitir... Esa era mi idea, pero se veía que mi cerebro y mi cuerpo iban por lados distintos, ya que me clavé las uñas en las palmas de las manos hasta el punto de casi hacerme sangre, de lo mucho que las estaba cerrando.

Qué horrorosa injusticia, ahora que se veía que la vida me sonreía, ¿se podía ser más infeliz? Lo mismo sí, pero ya había alcanzado yo un grado de matrícula de honor.

Solo le pedía al cielo que no apareciera por allí porque no respondía. Me daba exactamente igual lo que fuera; algo que viniera de lejos, una amiga con ganas de cachondeo a la que él le estuviera poniendo ojitos o Cristo que los fundó... El asunto es que, según mi madre, parecían estar pasteleando y eso para mí solo tenía un adjetivo; imperdonable.

Pasó una hora y comprendí que había desistido de su intento. Nada extraño si había tenido en cuenta mis palabras. Y yo me había explicado lo suficientemente bien como para que las hubiera tenido.

Eso sí, una cosa tenía yo presente; esa noche iba a dormir Rita la Cantaora, porque lo que es una servidora ni aunque se hubiera administrado somníferos en vena conseguiría pegar un ojo.

No voy a negar que en determinados momentos pensé en coger el teléfono y cantarle las verdades del barquero, pero mucho sentido no tenía. ¿Acaso se había escaldado él en venir a verme? Vale, vale, que yo le había dicho que ni se le ocurriera, pero si tuviera la conciencia tranquila seguro que hubiera venido así lo hubiera chocado yo con la plancha.

Claro que no iba a venir... A las doce de la noche yo estaba que me subía por las paredes. Intenté tomar un poco de caldo que tenía en el frigo y me cayó en el estómago ya agrio. Joder, me iba a causar una úlcera y todo por la mala leche que tenía encima.

Sin embargo, sorpresitas que te da la vida... Estaba a punto de darme una ducha, porque los sudores recorrían todo mi cuerpo, cuando me sonó el teléfono.

Era el villano, ¿quién me iba a llamar a mí a esas horas si no era él?

Ni miré la pantalla, no me hizo falta.

—Si tienes narices me vuelves a...

—¿Leire? —Escuché la voz extrañada de Reyes al otro lado del teléfono.

—¿Prima? Perdona, es que creí que eras el impresentable de Pedro.

—Un momento, un momento, ¿qué está pasando aquí?

—Bueno, es largo de contar, ¿no se supone que deberías estar durmiendo?

—Sí, pero tú respóndeme a una pregunta, aunque creo que me ha quedado claro, ¿Pedro no está contigo?

—No, no sé con quién mierda estará, prima, pero ese energúmeno no ha tenido valor de volver a casa. Mi madre le ha pillado esta tarde en el centro pasteleando con otra y yo lo he mandado bastante más allá de a la mierda, esta vez no me la dan con queso tan fácilmente.

—Leire, escucha una cosa porque ahora sí que estoy preocupada. ¿Te acuerdas de mi amiga Leonor?

—Sí, claro, ¿cómo no voy a acordarme? Si hace pocos días que hemos estado cenando todos juntos, le presenté a Pedro y todo, que ya me lo podía haber ahorrado. Al próximo no se lo presento a nadie hasta después de que nos casemos, qué ridículo. Y eso si hay próximo, que igual me meto a monja...

—Cariño, Leonor es médico de urgencias y me ha llamado asegurándome que Pedro está en el hospital. Por lo visto ha sufrido un accidente de tráfico y está en coma, no se sabe en qué circunstancias ha ocurrido. Yo le he dicho que debía tratarse de un error, que él estaría contigo, pero ahora ya me huele más a chamusquina, niña.

—¿En coma? Me sentí peor que mal porque desde la llamada de mi madre le había deseado desde que lo arrollara un tren hasta que le hubieran pillado por banda las 7 plagas de Egipto, pero aquello me parecía demasiado.

—Sí, en coma. Yo te digo una cosa, no sé lo que habrá ocurrido entre vosotros, pero al menos deberías ir a asegurarte de si es él o no.

Reyes me colgó el teléfono y dijo de venir a recogerme.

—De eso nada que tú debes estar súper cansada, ya te recojo yo...

—Pero prima, tú no estarás en condiciones de conducir.

Entre pitos y flautas, mientras nos poníamos de acuerdo, me entró otra llamada...

—¿Mamá? ¿Cómo es que me llamas a estas horas?

—Leire, hija, porque estoy vuelta va y vuelta viene, que parece que me estoy asando como un pollo en la cama y no se me cae del pensamiento lo que ha pasado, ¿tú cómo estás?

La puse al corriente y ella me vino a decir, poco más o menos, que nos recogía a Reyes y a mí quisiéramos o no quisiéramos, que mi padre ya se estaba subiendo en el coche.

Ea, pues ya lo había dicho todo la mujer. En este mundo ya se sabe; puedes ser fiscal o gobernadora del Banco de España que, si tu madre te da una orden, tú la acatas y punto redondo.

En nada estábamos las tres entrando por la puerta de urgencias del hospital mientras mi padre buscaba aparcamiento.

—¿Tu novio se llama Pedro Méndez García? —me preguntó Leonor según nos vio.

—Justo, ¿es él?

—Sí, después de hablar con Reyes la policía nos ha traído su cartera. Ya hemos avisado a su familia y acaba de llegar una hermana suya.

Imaginaba que sería María, porque me constaba que Conchi no estaba en Madrid. Qué difícil iba a ser mirarla a la cara y qué circunstancias tan distintas a aquellas en la que nos vimos en el Rocío.

Entramos y, efectivamente, María se echó en mis brazos.

—Leire, mi hermano está en coma y yo me muero de miedo—murmuró entre lágrimas.

—Tranquila, bonita, yo... Yo no sé ni lo que decir, verás nosotros discutimos hace un rato. Bueno, más que discutir es que yo le monté un pollo de categoría porque ya sabes cómo son los hombres, me contó un pajarito que lo habían visto en actitud muy cariñosa con una mujer esta tarde. Total, que me lie la manta a la cabeza y le dije de todo menos bonito.

—¿Con una mujer? —La cara de María era de no poder dar crédito.

—Leire, cariño, me temo que yo he metido la pata hasta el cuadrejón—añadió mi madre, quien se había puesto pálida como la cera desde que vio a mi cuñada, a la que obviamente no conocía.

—¿Y eso, mami?

—Porque la mujer que acompañaba esta tarde a Pedro era ella. —Señaló a María, quien a su vez asintió.

Aquel malentendido sí que era desgraciado, ahora sí que sí.

Dios santo... Pedro no me estaba corneando, había ido con María a por mi regalo y yo lo había tratado mucho peor que si fuera un terrorista. No, no tenía perdón de Dios... Por mi profesión debía saber que, a menudo, las pruebas no conducen a la verdad y aquella (lo que habían visto los ojos de mi madre) no era para nada concluyente.

Si hubiera tenido pelos en los sobacos me habría tirado hasta de ellos, ¿se podía ser más necia? Yo y solo yo era la culpable del accidente de Pedro. Seguro que se puso al volante para venir a verme, no... a él no le dieron miedo mis palabras, lo que de verdad le dio miedo fue perderme. Y yo... Yo sí que me moría en ese instante por la posibilidad de perderlo.

Capítulo 13



Puedo afirmar sin temor a equivocarme ni un ápice que la que vivimos aquel día fue la peor noche de nuestras vidas.

—Hija, tú rézale a San Antonio, que es muy milagroso —me indicó mi padre sacando un rosario que siempre solía portar con él del santo al que tanta devoción le tenía.

—Papá, rézale tú también, que a ti te va a hacer más caso, debes ser de sus favoritos.

Sí, si los santos tenían favoritos, mi padre estaría en primera línea de los de San Antonio porque el fervor que el hombre sentía por él no estaba ni en los escritos.

—Hija mía, los dos a la vez, que la unión hace la fuerza.

Le faltó decirme eso de “que la fuerza te acompañe” para que yo pensara que se me había ido la chota del todo y que era una de las protagonistas de “Star Wars”.

Nos cogimos de la mano y, cuando quise darme cuenta, se nos unió mi cuñada María, que también me cogió la mano. Además, ella sacó una estampa de la Virgen del Rocío, de quien era tan devota como su hermano.

—La Blanca Paloma nos va a echar también una manita, que ella es muy milagrosa —me dijo con lágrimas en los ojos.

—No te quepa duda, cuñada. Ella nos tiene que escuchar o me voy a volver loca.

Así me estaba sintiendo. Me acordé, por simple relación, de la canción aquella de Malena Gracia que decía eso de “*loca, por un beso tuyo...*” Lo que no daría yo en ese instante por un beso de mi novio.

Los médicos estaban con él, al que no habíamos podido ver todavía ninguno de nosotros y pronto uno de ellos salió.

—Está estable dentro de la gravedad. En cualquier caso, las próximas horas van a ser cruciales. Les digo que tan pronto puede salir del coma como seguir en ese estado por tiempo indeterminado, de momento es todo lo que puedo contarles.

¡Toma ya! ¿Una cuestión de suerte? Igual sí, que ya decía Marisol que la vida era una tómbola y algo de razón debía tener la rubiasca.

Pues vaya toalla la que teníamos por delante. La cara de María era un auténtico poema, ya que además a la chiquilla le había pillado la tostada más sola que a la una. Por una de esas coincidencias del destino, sus padres estaban de viaje en Italia, celebrando su aniversario de bodas, y todavía no sabían nada del asunto.

—¿Se lo vas a contar? —le pregunté un ratito después, cuando las dos sacamos un vaso de leche calentita que llevarnos al cuerpo mientras veíamos pasar los minutos con total lentitud.

—¿A mis padres? Voy a esperar a ver qué pasa... ¿Te imaginas que se despertara en unas horas y todo esto quedara en un mal sueño?

—Ojalá, cuñada, ojalá...

Yo quería aferrarme a esa esperanza, pero la realidad primaba y también existía la posibilidad de que permaneciera en coma días, semanas, meses o hasta... Mejor no pensar porque me iba a dar un chocado allí mismo.

Reyes procuraba animarme, pero aquella noche ni ella podía conseguirlo. Era misión imposible porque yo me había convertido en un sentimiento de culpabilidad con patas, ni más ni menos.

—¿Y si no sale de esta? —le pregunté cuando María no nos escuchaba.

—No seas ceniza, Leire, ¿pues no sabes tú que en estos casos también resultan cruciales las ganas con las que uno se aferre a la vida?

Ains que todavía me sentí peor. Si Pedro había entrado en ese estado con la mala sangre de saber que yo estaba iracunda, lo mismo se abandonaba a su suerte. No, esperaba que yo no le importara tanto, por su bien.

—Dios, pues peor me lo pones, ¿tú sabes cómo se debe estar sintiendo?

—¿Y tú no sabes que vas a tener la posibilidad de que él te escuche? Cuando entres a verle a la UCI, lo coges de la mano y le dices una por una todas las palabras que le dirías si estuviera consciente, niña, ni una más ni una menos.

Esa idea sí me motivaba un poco. Fue ya por la mañana cuando nos dieron la posibilidad de entrar. María, muy gentil, me cedió la mitad de los diez minutos de visita que nos ofrecieron. Qué niña más linda, porque otra, a sabiendas de que su hermano casi se mata por mi culpa, me hubiera echado del hospital a patadas...

Cuando entré me quedé realmente conmocionada. Por mi trabajo había visto estampas nada agradables, pero eso era como ver los toros desde la barrera... Cuando las cosas te tocan la fibra sensible de verdad es al sufrirlas en tus propias carnes y eso fue lo que me ocurrió en ese momento.

—Mi amor, soy Leire. Sí, la loca de tu novia, Leire, la misma que ayer te vistió de limpio porque pensó que llevabas toda la tarde paseando con otra. Ya, ya lo sé, no sufras, María me ha contado que era ella. Y yo... Yo la he pifiado a lo grande y es lo peor que me podía haber sucedido en la vida, ¿sabes? Pedro, llevamos muy poquito juntos, pero tengo claro que eres el hombre de mi vida. Seguro que estás pensando que a buenas horas mangas verdes, pero es lo que siento y sé que tú me estás escuchando. Además, no creas que estamos solos, que menudo capote nos van a echar San Antonio y tu Virgen del Rocío. Se me ha ocurrido una idea que estoy segura de que te va a encantar; cuando salgas de esta y te recuperes, nos vamos los dos a la ermita y nos prometemos allí delante de la Señora de las Marismas. Y sí te parece, también, cuando los dos estemos seguros nos casamos delante de ella. No, no creas que estoy echando balones fuera; yo segura estoy, pero ahora no las tengo todas conmigo de que lo estés tú, que debes pensar que soy candidata ideal para ponerme la camisa de fuerza...

Capítulo 14



Tengo la certeza absoluta de que pudo escucharme, no solo porque Leire me haya dicho siempre que mi voz de pito se mete en el sentido de las personas, sino porque él me lo corroboró horas después, cuando por fin volvió en sí.

El médico salió a darnos la buena nueva y allí se formó la marimonera. Cuando por fin me dejaron volver a entrar a verle, mi chico ya tenía aquellos ojazos abiertos como platos y esperaba como agua de mayo mi visita.

—No creas que no te escuché, que sepas que he tomado buena nota de todo y nos vamos a prometer en nada delante de la Señora —me dijo entre lágrimas mientras apretaba mi mano entre la suya.

—Sí, que lo prometido es deuda, pero solo si me prometes tú también que no me vas a volver a dar un susto como este en tu vida, ¿tú sabes el miedo que he pasado, chiquillo?

No, no podía saberlo porque hay cosas en la vida que uno tiene que experimentar por sí mismo para poder calibrar. Aquellas habían sido unas horas horribilis que quedarían en mi recuerdo como una pesadilla.

Obvio que todavía no podíamos llevarnos a Pedro a casa. De hecho, permaneció dos días más en la UCI y cinco más en planta. Digamos que, aparte del fuerte golpe que sufrió en la cabeza, el pobre parecía “el Pupas” porque tenía hematomas hasta en el cielo de la boca y una pierna escayolada, ya que se la había partido.

—No te digo nada y te lo digo todo, en el pecado vas a tener que llevar la penitencia, enana. A la que salgamos de aquí, me instalo en tu casa y de allí no me mueven ni con una grúa.

—Oye, a mí no me amenazas, ¿eh? —le contestaba yo con sorna cuando en realidad no veía la hora de tenerlo conmigo en casa.

Para ese entonces ya mis suegros llevaban también varios días de vuelta en Madrid. Maruja y Rafael no se separaban tampoco de su hijo, aunque él me decía en petit comité que estaba deseando encontrarse a solas conmigo.

—Eh, que te veo venir, que no estás tú para una novillada y vas a querer una corrida de toros —le soltaba yo por toda respuesta.

—De toros no, mujer —me contestaba él libidinoso.

Si ya empezábamos a querernos antes, no digamos ya desde el accidente. Aquello nos sirvió para marcar un punto de inflexión en nuestras vidas. Si alguna enseñanza había sacado yo de aquello es que no se puede medir a todas las personas por el mismo rasero y, sobre todo, que no hay que desconfiar de las que te quieren bien, salvo que sean pilladas con las manos en la masa.

La llegada a casa fue poco menos que triunfal.

—Ni te imaginas la lata que te pienso dar —me comentaba él con carilla maliciosa.

—¿Sí? Pues entonces te pongo a dieta y no te doy ni una sola de las cosas ricas que he traído para ti. —Abrí el armario de la cocina y le enseñé los barquillos rellenos de chocolate y las galletas danesas que tanto le gustaban.

—No serás capaz...

—Tú ponme a prueba.

Me hacía la fuerte, pero bien sabía Dios que no sería capaz de hacer nada que le contrariara. No sabía yo cuánto amor se podía acumular en tan poco tiempo, concentrándolo en una sola persona. Si hasta velaba su sueño por las noches...

—Despierta, despierta, Pedro, que creo que te pasa algo —le decía de madrugada y el pobre demostraba más paciencia que el santo Jobs.

—Leire, por lo que más quieras, que es la quinta vez que me despiertas... Que sí, que ha sido un ronquidito, pero que yo he roncado un poco desde que era un bebé, pregúntale a mi madre.

En mi santa madre era en quien debía pensar él cuando aquello ocurría, pero el muy santurrón no se quejaba más allá de esas palabras. Yo incluso me pedí unos días de vacaciones para poder estar a todas horas con él y él bromeaba diciendo que no sabía si era peor el remedio que la enfermedad.

—¿Sí? Pues nada, ya no te rasco más la espalda, a ver ahora cómo lo vas a hacer tú— bromeaba yo y Pedro no se podía reír más.

—Pues como lo he hecho toda la vida de Dios, que lo que me he partido ha sido la pierna derecha, no el brazo, ¿no estás viendo que soy un ser autónomo? —me preguntaba en el colmo de la paciencia.

—Vale, vale, admitimos como pulpo como animal de compañía. Autónomo, pero solo hasta donde puede serlo un hombre, que te recuerdo que es bastante limitado, pero bueno...

Nuestras conversaciones eran de besugos, pero no podíamos pasarlo mejor. En pocas semanas aquel fenómeno ya estaría dando carreras de acá para allá y entonces nosotros tendríamos una promesa que cumplir.

—Porque se te ha metido a ti en la cabeza que tiene que ser cuando me quiten a mí la escayola, pero que yo me iba para la ermita ahora mismo —me decía a cada momento.

Pedro, paciente, lo que se dice paciente, no es que fuera precisamente. Y la idea de que nos prometiéramos le tenía atacadito de los nervios. Vale que pudiera parecer una locura porque llevábamos juntos tres días y medio, pero yo no había estado más segura de nada en mi vida. Y él, por lo que se veía, menos todavía.

Semanas después llegó el día y para Huelva que nos fuimos. Cuando volvimos, sabíamos que la boda estaba ya cociéndose en el horno. La celebraríamos en el verano del siguiente año, por lo que teníamos todavía un añito de por medio; un añito en el que comprobaríamos nuestro grado de compatibilidad, que estábamos seguros de que sería total.

Capítulo 15



... Y llegó el glorioso día en el que nos dimos el “sí, quiero” en la marisma huelvana, como dicen las sevillanas de Los Marismeños.

En la ermita no cabía ni un alfiler, ya que tanto Pedro como yo quisimos que todos nuestros allegados estuvieran presentes.

Huelga decir que Reyes fue mi dama de honor, esa personita que estuvo todo el día pendiente de ponerme la cola derechita para las fotos y cosas así. Que sí, que pueden parecer banales, pero que no son cuestión baladí.

—Por la gloria de Cotón que, si llego a saber la latita que me iba a dar la cola, cojo antes y te la descargo un poquito con las tijeras —me dijo por lo bajini mientras me la colocaba en la puerta de la ermita.

Habíamos llegado hasta allí mi padre y yo, como no podía ser de otra manera, en flamante coche de caballos. Y al bajar, cierto que me había llevado un susto con la cola que tantos quebraderos de cabeza le iba a traer a Reyes... Sí, un susto porque se me enredó y estuve a punto de darme una leche de campeonato.

Más tarde, cuando ya estábamos todos piripis en el convite, hicimos nuestra propia parodia al respecto, por supuesto.

—Mira, prima, yo te vi bajar y creí que venías borracha, porque parecía que te habías empeñado en dejar todos los piños en el suelo.

—¿Te imaginas, Reyes de mi alma? Entonces nos sale la boda gratis, porque el vídeo se hace viral y comenzamos a ganar dinero a saco.

—¿Qué decís? —me preguntaba el emocionado novio, que había llorado más que el Jeremías ese del que habla la gente durante la ceremonia.

—Nada, tu recién estrenada mujercita, que a punto ha tenido que estar de ir adonde nuestra prima Lorena a que le pongan piños nuevos.

—A mi mujercita no le puede pasar nada malo mientras esté a mi lado, ¿pues no lo sabes tú? —increpaba él a Reyes.

—Ni a ti mientras esté aquí tu Arturito, pichoncito mío—añadió su novio, que ese tenía el cielo ganado porque mi prima lo ponía a prueba día sí y día también en todo y por todo.

—Que corra el aire, anda, que estoy viendo yo aquí mucho pasteleo y lo mismo me entra fatiga...

—Es que tú nunca has sido de dulce, prima, eso es verdad, a ti te va más lo salado —le contesté.

—Lo salado y lo ácido, que mi madre dice que soy un poco limón, pero es lo que hay.

—Verdad, qué razón tiene la tita, y un poco cardo borriquero también, pero yo te quiero igual.

La exaltación del cariño que se vive a través de las copas no tiene precio y ese día lo comprobamos mientras duró la celebración.

Horas después yo no sabía si mi traje, cuya larga cola se inspiraba en una bata rociera, había sido blanco o de color chocolate. Y es que no pudimos bailar ni cantar más... Unos con más gracia y otros con menos (entre los que yo me contaba por muchas clases de sevillanas que di antes del gran día), todos nos divertimos como un cochino en un charco.

—Lo mismo me da que me da lo mismo el color del que sea tu vestido, niña, yo lo que estoy deseando es que llegue la hora de poder quitártelo —me decía en el más lujurioso de los tonos Pedro en el oído.

Menudo morbo me daba escucharlo, porque ya se sabe que, como decía mi suegra Maruja, “el hombre es fuego y la mujer Estopa, así que viene el diablo y sopla”. En particular, a mí no hacía falta que mi ya marido me soplara, bastaba con que me mirara para que me encendiera.

Al caer la noche, la paleta de colores que nos ofreció el cielo de la marisma onubense fue el mejor de los marcos para hacernos unas últimas fotografías con las que recordaríamos el gran día por los siglos de los siglos.

¿Qué decir de ellas? Que unas son buenas y otras mejores... Por ejemplo, la que recoge la cara que se le quedó a Reyes cuando paramos el baile para entregarle personalmente mi ramo de novia.

No, yo no quería lanzarlo al aire y ver en manos de quién caía. Las manos en las que yo lo quería depositar tenían nombre y apellidos y, aunque solo compartiera uno de ellos conmigo, eran los de mi hermana, pues así la consideraba.

—Esto por el día que te ha dado la cola, que yo creí que no ibas a ser capaz de aguantar el tipo...

—¿Y cuándo no lo he aguantado yo contigo, petarda? Contigo y con todos, que tengo más paciencia que nadie.

La foto que recoge la carcajada de Arturo al escuchar aquello, diciendo que “esa sí que era buena” no tiene desperdicio, como tampoco lo tiene aquella otra en la que, presa del ímpetu del momento, me volví con la espada al cortar la tarta y casi ensarto como una brocheta a mi Pedro.

—¿Te acabas de casar y ya estás lampando por quedarte viuda? —me preguntó en ese momento con una cara de tener más miedo que siete viejas.

Yo le contesté con un besazo que también captó la cámara y, al final, perdí el equilibrio... Sí, se me daba genial caerme y aquel día, aunque no volé desde el coche de caballos, no me libró ni la Caridad de acabar con la cara metida en el último piso de la tarta.

—¿Veis por qué la tengo que querer tanto? Porque es la novia más dulce del mundo —les dijo a todos el salado de mi marido riéndose a mandíbula batiente.

Supongo que me quería por eso, pero también porque el nuestro fue desde el primer día un amor por Derecho, ¿lo pilláis? Sí, sí, en el doble sentido...

Epílogo



Tres años y medio han transcurrido desde nuestra espectacular boda. Las vueltas que da la vida, ¿verdad? Como dicen también por ahí, hay vueltas que dan mucha vida. Desde luego, las mías son un buen ejemplo.

Dos novios tuve nada más, y qué distintos el uno del otro, madre mía. Hablo ya sin ningún rencor, pero así es. Luis sería muy guapo y muy simpático y patatín y patatán, pero, francamente, no me motivaba mucho.

Ahora que analizo el tema desde la distancia, no puedo decir que no le quisiese ni mucho menos, pues mentiría, si bien me doy cuenta de que aquel hombre solo quería cachondeo va y cachondeo viene, pero responsabilidades, las justas. De ahí posiblemente que no quisiese tener hijos. Lo mismo aquello que me decía de uno nada más (y con el tiempo, sin ninguna prisa), era para darme largas y nos hubiese costado un buen disgusto llegado el momento.

¡Igualito que mi Pedro, vamos! A él, el hombre más cariñoso y bueno que he visto en mi vida, le encantan los críos, y bien que lo demuestra a todas horas con nuestro Eloy. ¡Síííí! Este retoño con el que se nos cae la baba a los dos vino al mundo año y medio después de nuestro enlace. Pasado mañana cumplirá dos añitos. Y si no fuimos padres antes fue porque tuve un aborto, estando embarazada ya de diez semanas.

Eso supuso un duro golpe para mí, a qué negarlo, pero mi prima Reyes, en cuyas manos me puse nada más enterarme de que estaba en estado, me ayudó muchísimo a todos los niveles. Me hizo a renglón seguido de que mi primer bebé se malograra toda clase de revisiones y me dijo que estaba perfectamente, que me relajara, que eso era algo que les ocurría a muchísimas mujeres. Cuestión de dejar pasar unos mesecitos... ¡y a intentarlo de nuevo! Le hice caso y, tras nueve meses portando a Eloy en mi vientre sin más síntomas que la hinchazón gradual de mi tripa, ella misma le ayudó a venir al mundo.

Llorábamos los tres, ella, Pedro y yo, en el quirófano de aquel hospital cuando al fin le tuve en mis brazos. Si Dios quiere, será esta zalamera prima mía quien nos acompañe también en la bienvenida al siguiente, puesto que estamos pensando en darle ya mismo un hermanito a Eloy, o una hermanita. Que sea lo que tenga que ser, a nosotros lo mismo nos da.

Reyes también dio a luz hace año y pico. Su Clarita es un revoltosillo bebé de naricilla respingona que echó andar cuando todavía no había alcanzado los diez meses, con eso lo digo todo.

En cambio, planes de boda no tienen, ni a corto ni a largo plazo. Arturo y ella dicen que los papeles para los demás, que no son necesarios en una relación de pareja. Tienen razón, y me parece muy respetable su postura, pero yo siempre tuve ese sueño (uno de tantos).

Todos se me han ido cumpliendo, afortunadamente.

No puedo pedirle más a la vida. Incluso cambiamos de casa, aunque, llegado este punto tengo que contar algo que a más de uno le va sonar ya a cachondeo, pero no lo es. Dije al comenzar este relato que la vida es un pañuelo, y si empecé por ahí es porque mi vida ha sido un cúmulo de coincidencias asombrosas. Aquí va una más, un hecho que hizo que se precipitara nuestro cambio de vivienda, por más que ya lo tuviésemos en mente.

A Natalia, nuestra vecina de encima del primero, la dejó el marido y se vio de un día para otro, sola en aquel piso con la única compañía de su perro Danko. Pagaban un dineral de hipoteca (todo esto lo sé por ella misma, pues teníamos mucha amistad ya para entonces), de modo que no podía quedarse allí.

Su sueldo no le daba para tirar cohetes, según sus propias palabras, conque se alquiló un pequeño apartamento por menos de la mitad de dinero. En lugar de tratar de vender el piso, porque no les traía cuenta, lo pusieron en alquiler. Aluciné cuando un par de semanas después vi quién era el inquilino; Marga, una prima hermana de Luis.

Ella también flipó cuando nos reconocimos, digo cuando nos reconocimos porque tan solo habíamos coincidido un par de veces o tres en la vida, y ya había llovido bastante desde aquellos tiempos.

Esa mujer, que trabajaba como dependienta de El Corte Inglés de Sanchinarro (una urbanización a no mucha distancia de la nuestra), no era muy agradable que digamos, pero ese no era el problema, como es natural. A fin de cuentas, ella viviría en su casa y nosotros en la nuestra, santas pascuas.

La cosa es que se me metió en la cabeza que lo mismo el día menos pensado me cruzaba por allí con Luis. ¿Por qué no? Había sabido por Arturo que aquel había vuelto a Madrid unos meses atrás, harto de dar bandazos por todas partes y buscando el calor de los suyos.

Con la madre de su hija había durado un suspiro. Parece ser que la historia que se traían entre manos se cortó antes de que la criatura pudiera dar sus primeros pasos. Desconozco los motivos, pero no me incumben tampoco.

Pedro y yo encontramos la casa que pretendíamos en Hoyo de Manzanares, a veinte minutos de Madrid. Le hicimos algo de reforma para dejarla totalmente a nuestro gusto, y poco más, porque lo tenía todo; unas vistas maravillosas, un salón súper acogedor con chimenea, un amplio jardín y una piscina, no de las de competición, pero sí muy coqueta. Fue una de las cosas que más nos gustó al ver el chalecito.

Allá que nos fuimos en cuanto estuvo lista con Cuco y Landy. Ayyyyy, que casi me olvidaba de él, pobre mío. Landy es otro Pomerania que me regaló mi amado por nuestro primer aniversario de boda, solo que este tiene el pelo negro como el carbón. ¿Es o no es para comérselo? ¡Digo a mi Pedro!

Con María y Conchi, mis cuñadas, me llevo de maravilla. Mis suegros son también dos personas de olé. Hasta mis padres les invitaron a todos ellos a la celebración por sus bodas de plata (otro gran día).

Nosotros tampoco vendimos el piso de Las Tablas. Al saber que teníamos pensamiento de alquilarlo, mi compañera Inés dijo que ella se lo quedaba, de manera que nos ahorramos hasta eso, el buscar a alguien de confianza que no lo destrozase y que no nos diera ningún problema con los pagos. Aquí, hoy día te la da hasta el más pintado.

Cualquiera se fía de un extraño, por muy buena pinta que tenga ni por mucha nómina que aporte. Que me lo digan a mí si no, con las cosas que vemos en los juzgados. Ahora dice que

quiere comprárnoslo y Pedro y yo estamos pensando en vendérselo. ¿A quién mejor también que a ella? Es una excelente compañera.

Hablando de trabajo, a mi amor le ascendieron en el suyo. Ahora mismo está de director de la sucursal. Cualquiera persona con aspiraciones, tarde o temprano consigue sus objetivos. Y Pedro las tiene, al igual que servidora.

A eso me refería antes con lo de que Luis no me motivaba. Puede sonar injusto porque era yo quien realmente tenía que tomar la decisión de agarrar el toro por los cuernos y meterme de lleno con mis oposiciones, pero estoy segura de que, de haber seguido con él, me habría quedado ahí estancada en plan pachorra también, pensando nada más, como él, en partidas de Trivial, barbacoas con unos y con otros en el patio de casa y escapaditas por aquí y por allá. Al final me hizo un favor también en ese sentido.

Mi maridín y yo también hemos hecho unos viajes increíbles desde que estamos juntos, me refiero al extranjero. El primero de ellos, por nuestra luna de miel, a Costa Rica, pero dicen que no hay sitios mágicos, que la magia de los lugares está en la compañía, y yo no puedo tenerla mejor. Ya solo me falta tocar el cielo con las manos.

Ahora con el crío preferimos las distancias cortas, aunque tengo que reconocer que esta que está aquí apenas tiene que bregar con él, y no porque no quiera. Basta que vaya a quitarle la ropa para bañarle por la noche para que el padre venga corriendo detrás, queriendo hacerlo por mí. Disfruta dando de comer a Eloy y jugando con él más que un niño chico en un parque de bolas.

No puedo estar más enamorada. Ni él de mí. ¿Qué más quiero? Desde el primer día ya se encargaba de cambiarle los pañales y hasta de sus biberones de madrugada (Eloy no se agarraba bien al pecho y el pediatra me recomendó la leche de farmacia), y es que mi Pedro es todo un amor, un amor por Derecho...